



CLARA GARCÍA MAYOR - GREGORIO CANALES MARTÍNEZ

LA HUERTA DE ORIHUELA EN EL BAJO SEGURA

Elementos funcionales en la construcción del paisaje

Portada: Improvisado tablón de anuncios sobre el tronco de un árbol en la Vereda de la Dotora; dando a conocer la denominación del camino, así como las notificaciones relaciones con el sistema de riegos. Canalizaciones en el lateral derecho: en la parte superior el Azarbe del Acierto; le sigue el Azarbe de Abanilla en su confluencia con el de Mayayo y, por último, el Azarbe de La Partición.

Contraportada: Noria de Benijófar y sillares en el Azud de Rojasles.

Diseño portada y contraportada

Clara García Mayor

Fotografías

Gregorio Canales Martínez

Maquetación

Javier Martínez Sánchez

ISBN: 978-84-9717-373-5

Depósito legal: A 509-2015



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



CÁTEDRA ARZOBISPO LOAZES
♦ UNIVERSIDAD DE ALICANTE ♦



Universidad de Alicante
SEDE UNIVERSITARIA



LOS MONTESINOS
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LOS MONTESINOS

AGROPACO S.L.



La Huerta como espacio muy humanizado ha evolucionado de los tradicionales núcleos periagrícolas a la reciente agricultura periurbana

LA HUERTA DE ORIHUELA EN EL BAJO SEGURA
Elementos funcionales en la construcción del paisaje

Clara García Mayor - Gregorio Canales Martínez



Superficie cultivada organizada en "bancas" para distribuir el riego a manta. En primer término hijuela entubada y oculta, de la que sólo se ve su arqueta ("partior") y tablacho ("portilla") de hormigón prefabricado para la toma del agua

LA HUERTA DE ORIHUELA EN EL BAJO SEGURA

Elementos funcionales en la construcción del paisaje

Índice

Prólogo	9
Introducción	13
1. Las redes funcionales de la Huerta	17
A. La red del agua	17
B. La red caminera	21
C. La red de asentamientos	23
D. La superficie productiva	25
2. Un confuso laberinto para la percepción de la Huerta: los caminos del agua	27
3. Los recorridos viarios de la Huerta: caminos, carriles, sendas y márgenes medieros	31
4. La disposición lineal del hábitat: casas-mota y pueblos-calle	45
5. El paisaje huertano: lectura y valor escénico	49
Conclusiones	61
Bibliografía	64



*A Remedios Muñoz Hernández (in memoriam)
Porque nos regaló su amistad, compartimos conocimientos y
el amor por un territorio común. Gracias*





Azud de San Antonio en Guardamar del Segura, última presa del río para abastecer el regadío tradicional, previa a la desembocadura

PRÓLOGO

Cuando los doctores Clara García Mayor y Gregorio Canales Martínez, docentes e investigadores de los departamentos de Edificación y Urbanismo y de Geografía Humana, respectivamente, de la Universidad de Alicante, me pidieron unas líneas que sirvieran de prólogo para su trabajo titulado *La Huerta de Orihuela en el Bajo Segura. Elementos funcionales en la construcción del paisaje*, me sentí muy honrado y profundamente agradecido. En primer lugar por mi aprecio personal hacia ellos y en segundo término por su indudable solvencia científica e intelectual, con una larga y fructífera trayectoria investigadora y académica dignas de encomio. No en vano ambos profesores han dedicado muchos años al estudio y análisis del paisaje huertano del Bajo Segura, tanto en sus clases universitarias como en la redacción de libros, capítulos de libros, artículos en revistas especializadas y comunicaciones y ponencias en congresos nacionales e internacionales, sin olvidar su presencia activa en multitud de seminarios, conferencias y coloquios de diverso signo.

En este caso van un poco más allá y nos presentan un trabajo muy original en el que plasman en perfecta armonía y equilibrio la interpretación de un paisaje cultural singular desde los postulados de la arquitectura, especialidad de la doctora García Mayor, y de la geografía humana, materia que cultiva el doctor Canales Martínez. Esta colaboración resulta sumamente idónea para aprehender los elementos y mecanismos que crean, configuran y estructuran el espacio huertano tradicional que existe en la actualidad en la comarca más meridional de la provincia de Alicante. El lector va a encontrar en esta magnífica y bien documentada síntesis las claves para comprender de manera precisa el origen y desarrollo funcional de un espacio físico, humano y cultural característico. Aquí aparecen los patrones y líneas directrices fundamentales de cómo se "construye" un paisaje cultural único y singular. Como bien dicen los autores en el primer párrafo de su trabajo "el territorio del Bajo Segura es un territorio transformado por el hombre a lo largo de los siglos, en búsqueda de un equilibrio con la naturaleza para su explotación

agrícola más fructífera; ello ha dado como resultado un espacio único de vida por sus características morfológicas, por su sistema productivo, por la fertilidad de sus campos y por la rica herencia cultural, todo ello relacionado con la gestión del agua al mantener una agricultura de regadío intensivo desde la baja Edad Media en un área semidesértica".

En efecto, la Huerta tradicional del Bajo Segura, históricamente denominada Huerta de Orihuela, es una continuación de la Huerta de Murcia que quedó segregada de ella a raíz de la sentencia de Torrellas a principios del siglo XIV, cuando este territorio se incorporó con posterioridad al Reino de Valencia. Se trata de una llanura aluvial conformada en el Cuaternario reciente y fruto de la conjunción de una serie de procesos físicos, como es el caso de la subsidencia de los sectores litorales meridionales de la provincia de Alicante, a los que se une la dinámica marina que genera una restinga costera que cierra el golfo marino interior, así como el taponamiento originado por los depósitos fluviales de los ríos Segura y Vinalopó, que desembocan juntos y colmataron este territorio de forma progresiva, y la existencia de un manto impermeable a escasa profundidad. Estos aportes hídricos contribuyen a mantener alto el manto freático, con un nivel estático entre uno y dos metros en plena vega, donde la cota altimétrica disminuye y la impermeabilidad de las arcillas retiene el agua a poca profundidad. Esta circunstancia es la que motivó la existencia de humedales y saladares saneados y roturados en un proceso multisecular conforme se fue desarrollando la agricultura, actividad que conforma un espacio de huerta caracterizado por la originalidad de su sistema de regadío. Estos espacios desecados son parte del antiguo *Sinus Ilicitanus* (Albufera de Elche), cuyos residuos más notorios son las Salinas de Santa Pola y El Hondo, ambos parques naturales en la actualidad, cuyos perímetros ya fueron colonizados por el cardenal Belluga en las Pías Fundaciones y por el duque de Arcos en *Bassa Llarguera*, para proseguir estas actuaciones el Instituto Nacional de Colonización (INC) en los saladares de Albufera, sectores éstos que enlazan con la huerta tradicional.

Se debe tener en cuenta que las variaciones biofísicas en los territorios y, sobre todo, la secular uti-

lización de los mismos por parte de los seres humanos tienen como resultado la existencia de una gran diversidad paisajística y la aparición de paisajes culturales de gran valor, resultado en su inmensa mayoría del uso agropecuario del espacio. En la mayor parte de Europa predominan los paisajes culturales frente a los naturales, constituyendo este aspecto cultural una característica clave de su identidad. En este sentido, la Huerta del Bajo Segura y su aprovechamiento agropecuario surgen como un ejemplo paradigmático de creación humana que se encuentra grabado de forma indeleble en el código genético del territorio y la sociedad comarcal. La agricultura, en general, y la Huerta, en particular, deberían ser las vertebradoras de la vida socioeconómica de las comunidades rurales que las acogen y la garantía de la conservación del ambiente, al mismo tiempo que constituyen la base de nuestra civilización y un patrimonio común que anida y hunde sus raíces en la memoria colectiva de los pueblos. Este paisaje cultural, socioeconómico y ambiental representado por la Huerta del Bajo Segura está conformado por un agrosistema singular y diferenciado que resulta de un esfuerzo humano secular, que integra en franca armonía un conjunto de valores culturales, sociales, económicos y ambientales de vital importancia para la vida económica de la comarca y para la identificación colectiva de sus habitantes. Por todo ello, y ante el peligro de extinción que debe afrontar la Huerta tradicional por las continuas agresiones sufridas, el deber de todas las administraciones y de cada ciudadano comprometido es proteger este patrimonio común y salvaguardar para las generaciones venideras un territorio de gran valor como señal de identidad.

Aparte del empirismo utilizado por Clara García Mayor y Gregorio Canales Martínez al exponer las características y funciones de los elementos que estructuran la Huerta y confieren singularidad a este espacio (redes de riego y evacuación de las aguas, red caminera, red de asentamientos, superficie productiva), resulta destacable la última parte del texto, donde predomina un enfoque humanista a la hora de resaltar el valor escénico y visual del paisaje huertano como construcción mental, lugar vivido y señal de identidad inscrita en el código genético de la sociedad del Bajo Segura. Por lo tanto, los autores, siguiendo las ideas de D. Ley y M. Samuels, no excluyen en su investigación los sentimien-

tos, significados e intenciones, es decir, las experiencias de los seres humanos que crean, actúan y viven en el territorio. O dicho a la manera de Y. F. Tuan, se hace hincapié en la construcción social de los lugares, teniendo en cuenta aspectos como su carga emotiva, estética y simbólica, donde el lugar se constituye como centro de significado y foco de vinculación emocional para la persona, aunque siempre referido a un espacio concreto, limitado y con rasgos definidos. Aquí se podría hablar incluso de una clara *topophilia*, que se refiere al conjunto de relaciones afectivas y emocionales que el individuo mantiene con su tierra, al mismo tiempo que se pondera la importancia de los sentidos en el desarrollo del sentimiento del lugar. Asimismo, el concepto paisaje, que en este trabajo aparece como núcleo que articula toda la obra, también es propio del enfoque humanista al tratarse de un escenario territorial arraigado en la experiencia, holístico, sentido en todas sus dimensiones, que no sólo es un producto visual, sino que interesa a la totalidad de los sentidos de forma global y al que se le debe añadir una dimensión temporal, tal como ha estudiado el geógrafo catalán J. Nogué.

Los autores de esta espléndida síntesis no olvidan el ejercicio de la crítica en el momento de valorar las agresiones que ha sufrido la Huerta durante los últimos tiempos y la consiguiente modificación del paisaje, postura que es de agradecer por no escamotear a los lectores una realidad que no por luctuosa es menos cierta. En este sentido, los doctores García Mayor y Canales Martínez tienen los pies sobre la tierra y no han olvidado que entre las funciones de los docentes e investigadores también se encuentra el compromiso con su entorno inmediato y con una herencia cultural que constituye un patrimonio que se debe preservar. No es casualidad, entonces, que ambos hayan tenido y tengan una participación activa en la organización de diversas jornadas en defensa de la Huerta, en la redacción de propuestas para su conservación o en las declaraciones de apoyo para la defensa del patrimonio cultural huertano, iniciativas que han gozado de una amplia cobertura mediática.

Como ya ha quedado dicho, la Huerta constituye para la población del Bajo Segura una señal de identidad agrícola que recoge el largo proceso secular

de creación de la misma, que ha modelado el territorio con una fisonomía singular que ha llegado hasta nuestros días, de manera que el acelerado cambio económico de las últimas décadas ha supuesto la ruptura de un paisaje que se diferenciaba del resto del regadío nacional por su peculiar y completo sistema de distribución de aguas, pues se ha apostado más por el dinamismo del sector terciario frente al ancestral sector primario. La alteración que ha sufrido este espacio se debe a la combinación de una serie de causas internas y externas.

Entre las causas internas se encuentran el minifundismo estructural, los altos costes de producción, los bajos precios en origen, los grandes beneficios de los intermediarios y el individualismo y envejecimiento de los agricultores. Todo esto ha contribuido a esa crisis agrícola que se refleja en el abandono de las explotaciones, situación a lo que no es ajena la falta de calidad en el agua de riego. Por lo que respecta a las causas externas es necesario mencionar el citado proceso especulativo de urbanización del territorio que se ha visto favorecido por la proliferación de ejes viarios rápidos que fragmentan el espacio agrario, lo que ocasiona una ruptura paisajística por la compartimentación de la Huerta y las consiguientes dificultades de percepción visual y continuidad real. La adaptación tradicional del ser humano al medio se ha visto completamente alterada con el reciente urbanismo desmesurado que ha generado ampliaciones urbanas extraordinarias a costa de la Huerta, así como áreas residenciales desconectadas entre sí que rompen la unidad huertana.

Los movimientos sociales en defensa de la Huerta no buscan el simple mantenimiento de un icono romántico, un museo viviente o un paisaje fosilizado, es decir, una mirada nostálgica hacia el pasado que está en el imaginario colectivo, sino que pretenden conseguir la protección de la misma para que siga existiendo como espacio funcional, manteniendo una actividad que ha sido rentable durante siglos y que ha generado un paisaje cultural atractivo fruto del proceso histórico y cuya destrucción sería irrecuperable. La Huerta ha sido hasta la crisis reciente un territorio conflictivo donde se enfrentan con gran tensión los intereses políticos y empresariales, que abogan por un desarrollo vinculado a

la construcción y al sector terciario, con la acción de diversas asociaciones cívico-sociales, integradas por agricultores, por jóvenes y por personas vinculadas al mundo de la cultura, que optan por preservar los valores identitarios de la Huerta, sin que la producción agrícola se vea menoscabada, planteamiento que secundan sin ambages los profesores Clara García Mayor y Gregorio Canales Martínez.

En definitiva, este texto sobre el paisaje huertano y los elementos que han estructurado de manera secular la Huerta del Bajo Segura constituye una valiosa aportación científica para comprender nuevos aspectos relacionados con el paisaje tradicional de esta comarca alicantina y también un alegato en defensa del mismo, pues los autores tienen bien asumido que el rigor y la objetividad no excluyen ni están reñidos con el compromiso crítico con la sociedad en la que viven y la realidad de su entorno.

José Antonio Segrelles Serrano
Catedrático de Geografía Humana
Grupo Interdisciplinario de Estudios
Críticos y de América Latina (GIECRYAL)
Universidad de Alicante
Alicante, mayo de 2015



Detalle del azud y puente de sillería perteneciente al conjunto hidráulico de Rójales

EL territorio del Bajo Segura es un área transformada por el hombre a lo largo de los siglos, en búsqueda de un equilibrio con la naturaleza para su explotación agrícola más fructífera; ello ha dado como resultado un espacio único de vida por sus características morfológicas, por su sistema productivo, por la fertilidad de sus campos y por la rica herencia cultural, todo ello relacionado con la gestión del agua al mantener una agricultura de regadío intensivo desde la baja Edad Media en un área semidesértica. El agua, el aire, la orientación y la vegetación son factores que operan en el resultado formal de un paisaje. En este caso, manejados por el hombre y, por tanto, transformados en instrumentos, en elementos formales fruto de la interpretación y lectura de esta realidad, diseñada con un propósito: la lucha del hombre por extraer el máximo aprovechamiento de la naturaleza: el *ager* (espacio explotado) *adversus* el *saltus* (espacio natural).

El ámbito de análisis, conocido geográficamente como el Bajo Segura, es una denominación que empezó a generalizarse a partir de los años 60 fruto de los estudios realizados por los geógrafos, que proponen utilizar el curso de los ríos como elemento aglutinador que estructura y que da unidad a los territorios a ellos vinculados, subdividiéndolos en diferentes sectores a lo largo de la cuenca (Roselló, 1964). En este sentido, el estudio se centra en el tramo inferior del Segura, extremo meridional de la Comunidad Valenciana, cuya comarca se encuentra delimitada al suroeste por la Región de Murcia, al este por el mar Mediterráneo y por el norte por las comarcas del Medio y Bajo Vinalopó. Esta demarcación, fundamentalmente agrícola, ha conocido a lo largo del siglo XX un intenso proceso de transformación socio-económica que ha dado como resultado la aparición de nuevos paisajes agrarios siempre relacionados con el agua, hecho que ha condicionado los patrones de organización de los asentamientos humanos preexistentes, así como la aparición de nuevos.

La notable ampliación del regadío ha originado una ruptura en la secular dualidad paisajística: Huerta-Campo (es decir, regadío-secano) con la que se caracterizaba este espacio, al contraponer la reducida superficie de riego tradicional, ceñida al llano aluvial del Segura en cotas bajas, frente a la extensión desme-

surada de los suelos situados a mayor altitud, constituidos en glaciares, cañadas y montes. Estos últimos son las zonas de actuación donde la sociedad, en virtud de los avances técnicos aportados por la revolución industrial, ha ido roturando y poniendo en cultivo de manera progresiva, hasta el punto de que podemos identificar cada una de esas etapas como unidades de paisaje diferenciadas; no tanto por los cultivos existentes en la actualidad, sino por su génesis asociada a la naturaleza de los caudales hídricos empleados. Se trata de un ámbito cuya evolución económica está relacionada con distintos proyectos de desarrollo agrícola, que van surgiendo en el seno de una comunidad donde el conocimiento de la tierra y el manejo del agua forman parte de su identidad cultural.

En este sentido podemos diferenciar paisajísticamente sectores, atendiendo a la cronología, los siguientes sectores: *Riegos de Levante* con dos subunidades, "Margen Derecha" en torno a las lagunas de La Mata y Torrevieja y "Margen Izquierda" en el piedemonte de las sierras de Abanilla y Crevillente, relacionadas con el espíritu regeneracionista propio de las primeras décadas del siglo XX cuando el Estado les concedió la elevación de las aguas excedentarias del Segura, así como las de la red de avenamiento de la Huerta; *Saladares de Albufera*, fruto de la política de colonización emprendida tras la guerra civil en pleno período autárquico, con la finalidad de poner en producción nuevos predios como oportunidad de residencia y trabajo para una población desposeída de la tierra, para lo que se construyó el poblado de San Isidro en 1952; *Llano litoral*, franja de terreno próxima a la costa en el extremo sur comarcal en el actual municipio de Pilar de la Horadada, que se caracteriza por la utilización del acuífero subterráneo como dotación para el cultivo forzado bajo plástico durante el desarrollismo iniciado en los años sesenta; por último, *La Pedrera*, implantado en las zonas más abruptas gracias a la concesión de caudales del trasvase Tajo-Segura, merced a una potente inversión tanto pública en la obra de canalización, como privada en los aterrazamientos e implantación de un regadío tecnológico, desarrollado en la década de los ochenta con la llegada de las aguas foráneas (Canales, 1995).



Noria de Moquita en la margen derecha del Azud de Las Norias (Orihuela)

En esta investigación, el ámbito de análisis se centra exclusivamente en el área vinculada al regadío tradicional, entendida como la unidad de paisaje que ha caracterizado secularmente el sur alicantino. Conocida antiguamente como Huerta de Orihuela, es una continuación física de la Huerta de Murcia de la que se segrega administrativamente con la sentencia de Torrellas a principios del siglo XIV y adaptará su denominación a Vega Baja del Segura a partir de los años cincuenta, cuando la ciudad de Orihuela cede protagonismo ante el dinamismo económico de otros municipios huertanos, a la vez que los nuevos terrenos ganados con las técnicas de irrigación, desdibujaban el límite histórico de la vega y ofrecían un paisaje de características similares, además de estar abastecido por caudales de la misma procedencia aunque distribuidos con tecnologías diferentes.

Así, en la llanura sedimentaria del Segura se implantó un riego que, mediante los artilugios ancestrales de elevación (norias o azudas) ubicados en la mota del río, subían el agua hasta una altura máxima de diez metros para distribuirla posteriormente y regar, por inundación, las parcelas aprovechando los suaves desniveles naturales del terreno. Dadas las características geológicas en esta zona del valle, al existir un manto arcilloso impermeable en el subsuelo, fue preciso establecer un sistema de drenaje que funciona de manera inversa al anterior y que posibilitó la reutilización secuencial y acumulativa de esas infiltraciones casi hasta la gola del río. Frente a este sistema, las ampliaciones del regadío acometidas durante el regeneracionismo aportaron un nuevo modelo que parte de los bombeos y elevaciones, desde el punto más deprimido de la cuenca, próximo a la desembocadura, hasta una cota máxima que supera los cien metros de altitud para, desde allí de nuevo repartir los caudales por gravedad sin necesidad de crear, como en la vega, la complementaria red de evacuación.

La Huerta se construye a partir de la superposición de cuatro redes funcionales: las del agua (riego-avenamiento), las del recorrido (caminos), los asentamientos (poblaciones-hábitat rural) y las productivas (campos-cultivos). Estas capas indicadas de manera desagregada, están realmente cohesionadas y son in-

terdependientes en su naturaleza y origen; de manera que configuran la clave de lectura de un territorio complejo en su constitución y variado en la diversidad de rendimientos que de él se obtenían. En su génesis, toda la llanura presentaba una gran homogeneidad visual, caracterizada por tres hábitats interrelacionados: el almarjal, el carrizal y el saladar. El primero posee un carácter pantanoso al ubicarse en las cotas más bajas del interior de la planicie; el segundo se desarrolla en terrenos húmedos, con un nivel freático muy alto casi próximo a la superficie, por lo que en él prospera la vegetación de carrizos que le da nombre; por último, el tercero, lo conforman suelos salinos que permanecen a lo largo del año prácticamente secos y donde las altas temperaturas originan la presencia de una costra blanquecina de cloruro sódico. Estos tres dominios fluctúan a lo largo del año en virtud de las precipitaciones, de los aportes hídricos por los desbordamientos del río y la confluencia de ramblas, así como por el afloramiento de varios manantiales que contribuyen a mantener el espacio encharcado (Canales y De Juanes, 2014). Esta diversidad de paisajes mutantes construye, en este medio, una relación ecológico-ambiental muy rica cuya evolución abarca siglos de historia. Desde la implantación de las primeras canalizaciones, para hacer viable la desecación y transformación del almarjal a favor de una agricultura de regadío, donde entra en retroceso el aprovechamiento natural de caza, pesca, pastos y recolección de plantas silvestres; hasta mediados del siglo XX, con la colonización de los últimos saladares residuales, en Albatera, al acometer el Estado un intenso proceso de puesta en riego que modificó la imagen de un espacio en apariencia agreste que, sin embargo, estuvo sujeto a un intenso uso relacionado con la explotación de la barrilla, de la que se obtenía sosa por calcinación, imprescindible para la fabricación de jabón y vidrio, hasta la obtención industrial de ésta por medios químicos.

La bonificación de saladares se presenta así como la culminación del regadío en el llano aluvial del Segura, por cuanto abarcaba terrenos con las mismas características del territorio en estado primigenio y que fueron transformados por el Instituto Nacional de Colonización (Canales, 1981). El sistema aquí implantado reproduce la organización típica de la Huerta ya consolidada en época musulmana al establecer el sistema



Azud de Alfeitami en Banejuzar

de riego (acequias) que se contraponen al de drenaje (azarbes). Siguiendo el esquema de esta doble circulación de aguas, que es clave para entender el desarrollo de la agricultura en la planicie, se acometió una densa red de suministro, en este caso con el nombre de canales, y mantuvo otra mayor de avenamiento conservando la antigua denominación de azarbes; si bien diferenciándose en la procedencia de los caudales para riego que se obtuvieron ahora del acuífero mediante bombeo, frente al sistema histórico de captación desde el río utilizando la fuerza hidráulica; el actual modelo implica el uso de energía no renovable para su funcionamiento en contraposición al patrón sostenible de distribución del agua por gravedad. Se trata, por tanto, de una configuración mixta "elevación forzada-reparto por pendiente" que ya se había experimentado unas décadas antes con la concesión de los caudales sobrantes del Segura a varias compañías privadas para rentabilizar el secano.

1. Las redes funcionales de la Huerta

La comprensión de la Huerta para cualquier observador se realiza desde la percepción global y entrelazada del conjunto de elementos que la componen. En este caso las concretamos en las cuatro redes estructurantes ya señaladas y que ahora abordamos de forma individualizada para explicar la naturaleza propia de cada una de ellas, y posteriormente seleccionar aquella que da unidad en la actualidad a la contemplación de la vega. Los paisajes agrícolas son un artificio elaborado por las sociedades en la búsqueda de un aprovechamiento integral del complejo ecológico en el que se asientan; hay, por tanto, una simbiosis o imbricación del medio natural y del medio humano, en el espacio y en el tiempo, que motiva la complejidad de las relaciones profundas y duraderas de las poblaciones con su entorno. Surge así el territorio como hábitat construido que, en relación al uso agrario, está vinculado tradicionalmente al suelo, al clima y a la praxis de la cultura popular, impregnado de un sentido utilitarista y funcional. Un conocimiento, desde las raíces del aprendizaje autodidacta y de transmisión oral de valores y saberes, forjado a lo largo de siglos en la costumbre y en el quehacer cotidiano, que ha configurado todo un lenguaje formal, no suficientemente apreciado desde una mentalidad

eminentemente urbana alejada del acervo huertano. En este sentido hacemos nuestra la definición que pone de manifiesto que "el paisaje es territorio iluminado por la cultura" (Martínez de Pisón, 2010).

A. La red del agua

El inicio de la configuración del paisaje que hoy interpretamos parte de la implantación y desarrollo secular del sistema de riegos, puesto que éste es el mecanismo mediante el que fue posible la construcción del territorio tal y como lo conocemos. Conforme la infraestructura fue avanzando progresivamente, desde el interior hacia el litoral, los terrenos de almarjales entraron en una dinámica regresiva. Si lo esbozamos sintéticamente, se trata de un proceso lineal que se prolonga extraordinariamente en el tiempo: desde la innovación árabe ya consolidada en el siglo IX, hasta mediados del siglo XX con la decisiva intervención del Estado en la puesta en cultivo del saladar relicto de la zona septentrional de la Huerta. La construcción paulatina y muy dilatada del regadío, creció en base a la demanda de la población para cubrir, mediante las producciones agrícolas sus necesidades básicas, utilizando siempre las técnicas introducidas por los pobladores musulmanes.

La organización funcional del regadío parte del sistema de captación en el río mediante la construcción de muros de retención transversales al fluir de las aguas, denominados azudes. De estos puntos arrancan las conducciones principales de suministro que van estrechándose jerárquicamente hasta alcanzar cuatro niveles diferenciados: acequia mayor, acequia menor, brazal e hijuela, que riegan los campos según la ubicación de cada parcela mediante la técnica de inundación. En ocasiones es preciso situar en ellos artilugios elevadores de diverso tipo en función de dos factores: la altura a salvar hasta la superficie de cultivo y la fuerza motriz que los acciona (hidráulica, animal o humana), necesaria para superar así los pequeños obstáculos en el suministro del agua por gravedad. De esta manera, en el paisaje huertano encontramos mecanismos de distintas características en función de la cota a dominar, que van desde los más pequeños, los denominados bombillos, movidos por el pedaleo del hombre, hasta alcanzar dos metros de diámetro, y los de mayor tamaño, las norias o zúas, de hasta diez metros; entre los dos

Guerta de Orihuela

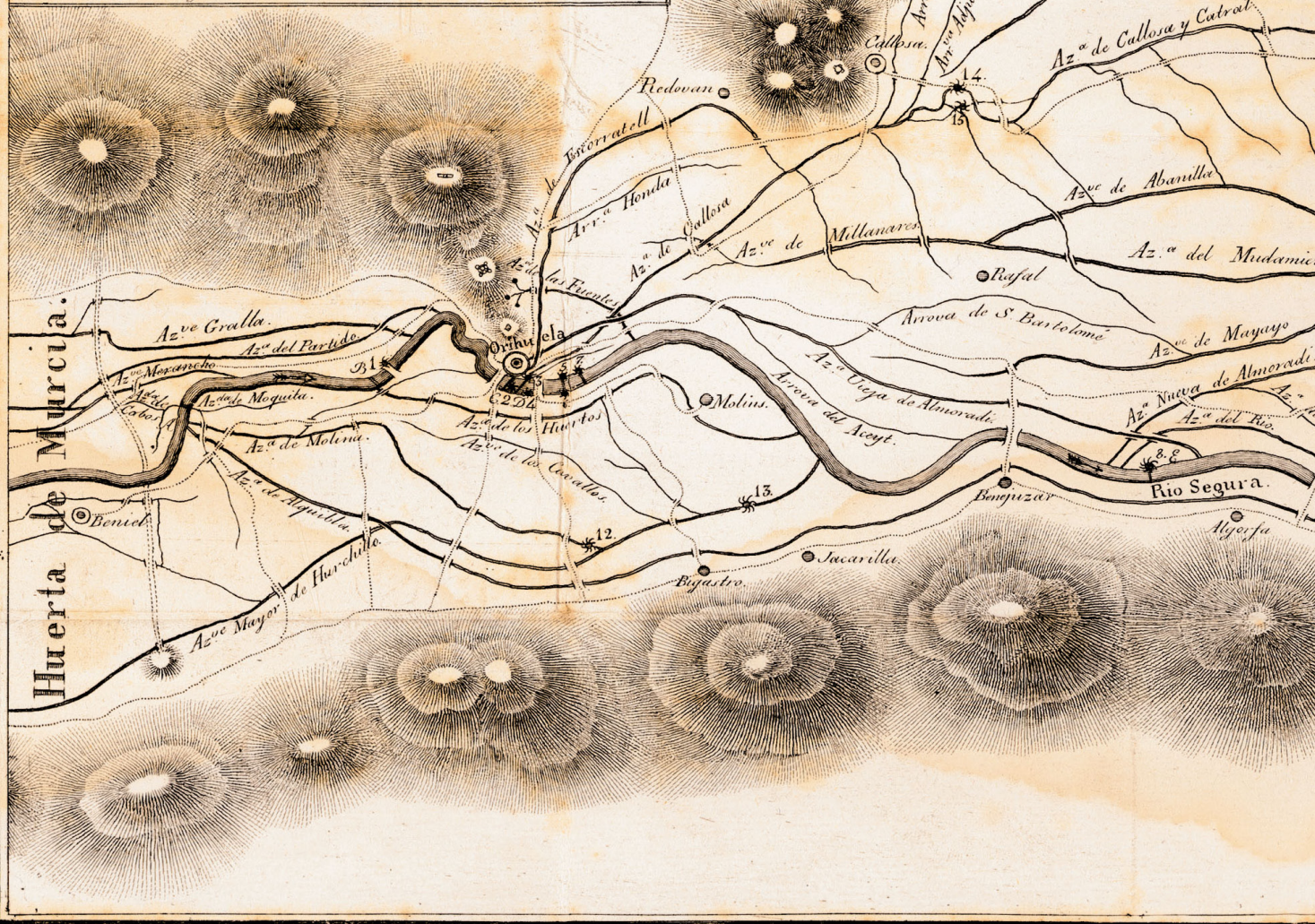
PRESAS DE RIEGO

A. Azud de las Morias.	E. Yd. de Alfaytamy.
B. Yd. de los Huertos.	F. Yd. de Formentera.
C. Yd. de Almoradi.	G. Yd. de Rojales.
D. Yd. de Callosa.	H. Yd. de Guardamar.

Escala.

1 2 3 4 5 6 666 $\frac{2}{3}$. Cast.

Legua de 2000. Pes.

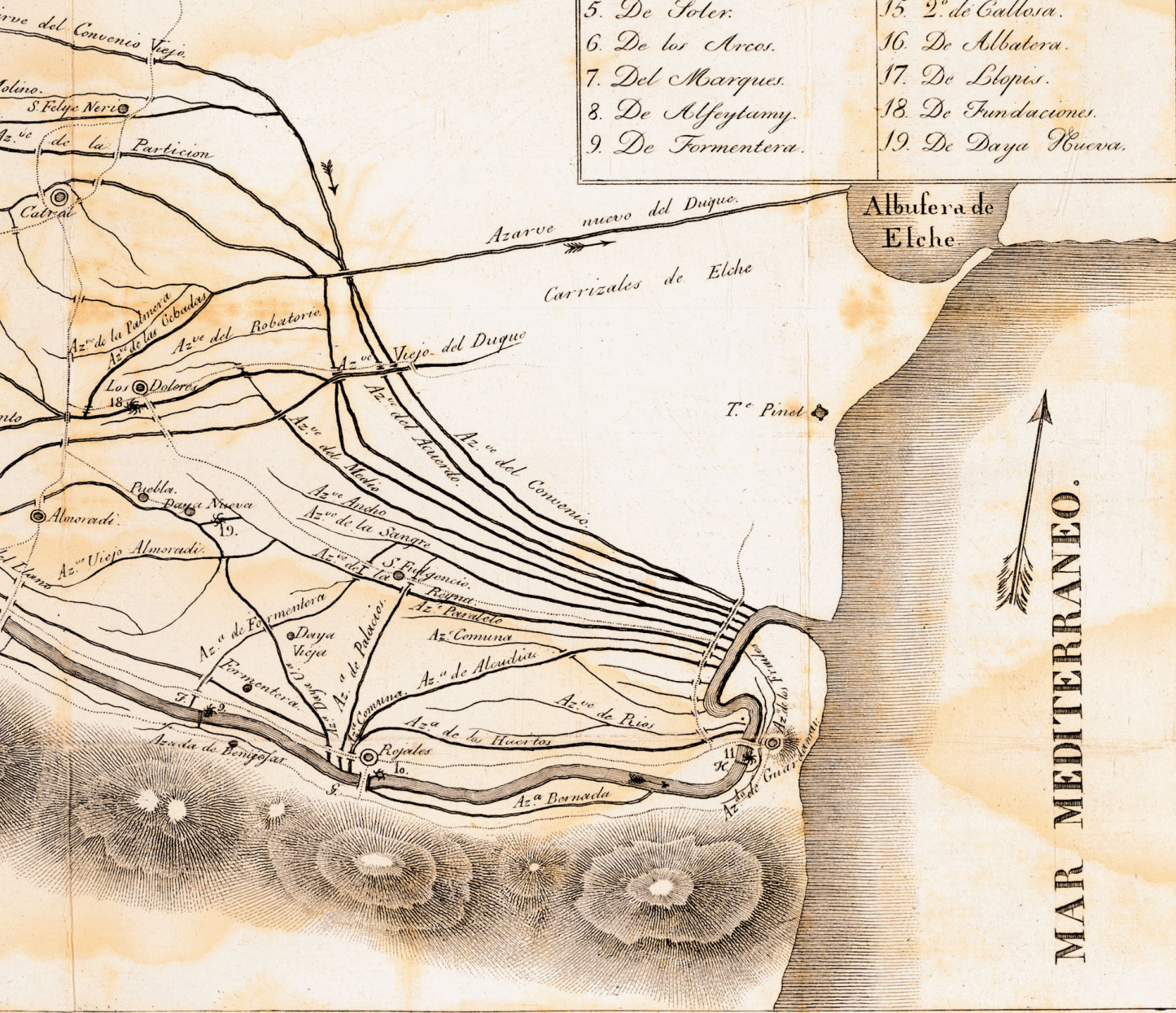


Saladares.

MOLINOS.

1. De la Ciudad.
2. Grande ó Masqueja.
3. De Cox.
4. Del Peiacho.
5. De Soler.
6. De los Arcos.
7. Del Marques.
8. De Alfeytamny.
9. De Formentera.

10. De Rojales.
11. De Guardamar.
12. De Hurchillo.
13. De Bigastro.
14. 1.º de Callosa.
15. 2.º de Callosa.
16. De Albatera.
17. De Llopis.
18. De Fundaciones.
19. De Daya Nueva.





Panorámica de la Huerta en las inmediaciones de Orihuela. Junto al río se aprecia la huella de un meandro modificado

extremos encontramos las ceñas o ñoras, compuestas por un engranaje de dos ruedas una vertical y otra horizontal, que eran empujadas por caballería.

El agua que inunda el terreno necesita obligatoriamente contar con un sistema inverso al de riego para drenar la tierra, por lo que fue preciso diseñar una red de achique configurada estructuralmente hasta en cuatro niveles de avenamiento, como son: escorredores, azarbetas, azarbe menor y azarbe mayor; este último cauce reconduce las aguas de nuevo hacia el río para ser reutilizadas aguas abajo en otra presa o azud. Todo el funcionamiento de la doble red está organizado para funcionar aprovechando las mínimas pendientes del llano, tanto en superficie como en el subsuelo. A la vez que todo ello propició un ordenamiento jurídico específico de la zona para la gestión del agua y la asignación de los caudales, con derechos de tanda y obligaciones de monda. Estas últimas tareas son básicas para el mantenimiento y conservación global del sistema, por lo que era preciso disponer de una accesibilidad trazada siguiendo los ejes del agua. Hay que tener presente que estamos en una llanura de inundación, por lo que la red hídrica se ha protegido mediante el recrecido de las motas que delimitan tanto al río como a las canalizaciones principales de distribución y evacuación. Estos taludes se convierten en espacios de oportunidad para recorrer el territorio y asentar en ellos el hábitat rural debido a la protección que proporciona su sobre elevación con relación a la rasante del suelo agrícola, en ocasiones estos desniveles alcanzan cotas superiores a metro y medio.

B. La red caminera

En paralelo a la red del agua se organizan los itinerarios que discurren por el llano aluvial. Al igual que en la malla de riego-avenamiento existe una clara jerarquía que se estructura en cuatro niveles decrecientes-crecientes en virtud del papel específico que cumple cada tipo de cauce; los ejes viarios tienen una función de servidumbre con respecto a la distribución hídrica, lo que los convierte en pieza primordial para el mantenimiento y supervivencia de la propia Huerta, facilitando las labores de monda y conservación imprescindibles para garantizar la correcta articulación del sistema. Si establecemos un paralelismo entre las vías de comunicación y

el cometido vital de las acequias-azarbes, con relación a estas últimas podemos determinar una analogía directa entre la geometría del cauce, el caudal que conduce, el tamaño de los partidores o compuertas que gestionan las tandas de riego y la anchura efectiva de los viales que acompañan su traza. Así, se dispone de una densa malla que ofrece dos rasgos fundamentales, por un lado muestra una clara subordinación entre sus elementos constituyentes, que se contraponen a una dirección de movimiento isótropo y flexible conectado con las necesidades funcionales de los trabajos huertanos, sin olvidar la fragmentación surgida con los cambios de propiedad que han dado paso al minifundismo dominante en este espacio de agricultura intensiva.

En síntesis, la trayectoria de estas rutas se puede jerarquizar en cuatro niveles en función de su conectividad territorial y la amplitud de paso. Centrándonos en el modelo tradicional que estructuró la Huerta en las últimas décadas del siglo XIX, podemos ordenarlos por rango partiendo de un primer posicionamiento que representa la carretera y que en un esquema de mayor a menor pasaría en segundo lugar a los caminos o veredas, de éstos surgirían las sendas o carriles de las que a su vez arrancarían los linderos o los márgenes medianeros. Esta clasificación refleja un modelo de organización teórico lineal, en la que los elementos ofrecen todas las posibilidades de tránsito posible, aunque la trabazón entre cada uno de ellos y el siguiente nivel no siempre aparece dispuesto de forma consecutiva en la realidad. Estos recorridos, al diseñarse sobre las motas que protegen los "caminos del agua", discurren a un nivel superior a las tierras de cultivo, fruto de la acumulación paulatina de los lodos extraídos con las tareas de limpieza y mantenimiento de las canalizaciones, lo que ha constituido una ventaja ante el riesgo de inundación al garantizar la accesibilidad máxima en momentos de catástrofe.

Ambas infraestructuras son prueba visible de la construcción social impuesta por los seres humanos en la conquista planificada del medio en el que se asientan y viven; representan, por tanto, una forma de vincularse al territorio a través de un mecanismo artificial. En este sentido, "la forma, el trazado y el aspecto de los caminos son expresiones de la actividad humana. Sus



*La iluminación nocturna marca los ejes estructurales del territorio y el poblamiento huertano
En primer término, Barrio de San Antón en el extrarradio oriolano*

trazados, formalizaciones, o posiciones son el resultado material de unas funciones diferentes: estratégicas, comerciales o de sus especializados. El camino generalmente propone, estructura o dispone campos y casas, mientras que el relieve decide los modos de transporte, y por ende, el tipo de ruta" (Eizaguirre, 2001). Además, las vías de comunicación son los lugares desde los que el paisaje es percibido de forma más habitual. Esta comprensión se realiza dinámicamente conforme a desplazamientos por diferentes motivos (trabajo, escuela, ocio,...) y a velocidades distintas (pie, bicicleta, coche, tren). Hay determinados ejes que son una referencia para la población, bien porque tienen un significado histórico-cultural transmitido entre generaciones, bien porque algún suceso les confirió relevancia, todos ellos podemos identificarlos como recorridos escénicos ya que establecen una conexión emotiva entre el observador y su entorno. Otro caso es el de los puntos de visión panorámica, que denominamos estáticos: miradores, áreas de descanso o frentes urbanos, en los que la visualización del enclave se hace con pausa. Estos lugares se podrían clasificar como sitios de contemplación principal atendiendo a dos razones: el reconocimiento por parte de la comunidad que lo habita o visita y la máxima probabilidad de paso o acceso a los mismos.

C. La red de asentamientos

La Huerta se constituye como un espacio de densa ocupación humana, bien concentrada en núcleos urbanos, bien dispersa en las inmediaciones del área cultivada, buscando una mejor eficacia del cuidado de las plantaciones. El poblamiento de la zona está condicionado por la topografía, dado que sus asentamientos compactos han buscado un emplazamiento favorable frente a las periódicas crecidas del río, ubicándose en los flancos montañosos que ciñen la planicie como pueblos bisagra que compaginan los aprovechamientos de regadío y de secano. En ocasiones, cuando ocupan el centro del llano, los más antiguos se ubican sobre los microrrelieves resultantes de la acumulación de sedimentos; otros, sobre las motas o los recrecimientos artificiales en las zonas más bajas proclives al encharcamiento. Los más recientes, a partir del siglo XVIII, en los terrenos deprimidos del valle una vez drenados los suelos pantanosos que existían. Frente a estas casuísticas contrasta la presencia de las viviendas diseminadas, que podemos

agrupar en dos tipologías: el hábitat propiamente aislado, que se corresponde con la casa de labor sita en la explotación agraria y las agrupaciones rectilíneas que conforman los característicos pueblos camineros que serpentean por la Huerta.

La red viaria es el elemento ordenador de estos poblados-calle, que tienen su origen en la apropiación espontánea y consentida de los límites de antiguas cañadas o veredas, que en la articulación del territorio constituían espacios de oportunidad para que braceros y jornaleros edificaran sus viviendas de autoconstrucción (las típicas barracas ya desaparecidas). Estos ejes trashumantes vieron, de esta forma, reducir su ancho efectivo por la apropiación de solares para casas, que evitaban invadir las tierras de cultivo colindantes; proceso que se desarrolló a lo largo del siglo XIX hasta la segunda mitad de la centuria siguiente cuando el éxodo rural despobló la zona agrícola. La disposición lineal se repite igualmente a lo largo de los caminos de servicio, tanto de acequias como de azarbes, y dada su menor anchura fue necesario que las viviendas se extendieran sobre las brazas y, en muchos casos, cubriendo las conducciones de agua, con lo que aumentaba la superficie edificada garantizando, de esta manera, los usos comunitarios de tránsito y de circulación de caudales. Estas alineaciones -formadas por hilera de casas de tan sólo una crujía, paralela a la fachada de acceso- ocupan igualmente las motas del río, respetando siempre la superficie fértil y buscando la idoneidad del emplazamiento como protección frente a las temidas inundaciones. La permisividad ante esta práctica, antaño tan extendida, se sustentaba por el beneficio adicional que, en algunos casos, convierte el lienzo trasero de estas simples construcciones en diques de defensa, ya que aumentaban la sección del cauce.

Es de destacar que, estas aldeas lineales surgieron en un contexto socioeconómico diferente a las condiciones actuales, ya que en aquel momento quienes necesitaban de la construcción de estas viviendas carecían de derecho sobre el suelo agrícola y, los propietarios de éste no facilitaban la venta de parcelas en sus predios. Por tanto, se generalizó la práctica de usurpación del dominio público para acoger a estos inquilinos ante la demanda de mano de obra que requería la



Vista de la Sierra de Callosa desde la Huerta de Catral

agricultura intensiva. Estas moradas, de carácter efímero inicial y realizadas con elementos vegetales, fueron adquiriendo carácter permanente con la incorporación de nuevos materiales más sólidos y duraderos, lo que contribuyó a fijar a la población laboral directamente conectada con la actividad agrícola. El funcionamiento de este modelo de hábitat nuclear ha garantizado su arraigo y el fuerte protagonismo que adquiere en el paisaje huertano, a pesar del escaso confort con que fueron levantadas dadas las condiciones de escasez de suelo en los ejes de tránsito. Así, hemos podido comprobar en el trabajo de campo la estricta geometría de las plantas edificadas, que oscilan entre cuatro y algo más de cinco metros de profundidad, como por ejemplo encontramos en el camino "Puente don Pedro" de Almoradí; si bien hay casos con fondos edificadas más reducidos, como el medido en el municipio de Orihuela, en la barriada "Camino Viejo de Almoradí" donde la dimensión de la crujía supera escasamente los tres metros. A comienzos de los años noventa el *Plan de Erradicación de Vivienda Precaria de la Comunidad Valenciana*, intervino sobre estos caseríos con el objetivo de eliminar las edificaciones que no permitían la adecuación de los parámetros de habitabilidad conforme a las exigencias actuales. La aplicación de estos programas de manera aleatoria, en función de acuerdos con los particulares, ha devenido en una ruptura de los frentes, dejando una imagen fragmentada que desvirtúa la percepción de estas fachadas agro-urbanas.

D. La superficie productiva

El aprovechamiento de los cultivos y la fertilidad del suelo han determinado históricamente las decisiones que los pobladores tomaron en la organización del territorio. El recorrido del Segura, a lo largo del llano aluvial, divide de manera asimétrica la Huerta; deja mayor superficie de cultivo en la margen izquierda que en la derecha debido a los condicionantes físicos del valle: el cauce del río gira al llegar a Orihuela, dirigiéndose hacia el sureste atraído por la línea de falla del Bajo Segura, cuyo recorrido ciñe un ligero umbral montañoso que no supera los doscientos metros de altitud, hasta su desembocadura en Guardamar del Segura. Esta circunstancia hace que el campo de inundación se desarrolle mayoritariamente en el lado septentrional. La planicie presenta una forma de riñón, por cuanto muestra un estrechamiento entre Orihuela y Arneva donde el va-

lle mide 2 Km, a partir del cual se abre paulatinamente hasta alcanzar su máxima extensión en el eje Albufera-Benejúzar, con una distancia de 11 Km, para volver a cerrarse de nuevo en la gola con una amplitud que no alcanza los 3 Km. Es un espacio abierto y heterogéneo, precisado, el primero, por la permeabilidad visual entre cuencas próximas, Segura-Vinalopó, y entre los cultivos de regadío-secano en el suave piedemonte que define el límite norte de la vega, en la línea de contacto con las estribaciones de la Sierra de Abanilla-Crevillente; mientras que el segundo está definido por la confluencia de diferentes factores históricos que han intervenido en la construcción territorial conforme se ha ido ampliando la superficie cultivada al amparo de la infraestructura hidráulica, sin olvidar los ciclos económicos que han motivado la introducción de nuevas producciones en virtud de la demanda del mercado. De esta manera, cuando los rendimientos son mayoritariamente hortícolas, la percepción de la Huerta es un caleidoscopio de textura, color y estacionalidad, dependientes de los diversos cultivos herbáceos en una perspectiva amplia del horizonte visual; por el contrario, el panorama cambia al implantarse el monocultivo arbóreo de tipo citrícola, de hoja perenne, que reduce la visibilidad y genera homogeneidad cromática en la contemplación del lugar.

En la descripción geográfica del territorio no podemos olvidar la intencionalidad de los procesos de transformación y colonización que descubren un sentido de proyecto arquitectónico global, con el que finalmente se construye la realidad de este paisaje huertano. La ocupación del espacio y el desarrollo del poblamiento están ligados directamente a la disposición del agua, tanto para el consumo humano como para el regadío, donde la aplicación de mejoras en las técnicas de aprovechamiento hizo progresar a la sociedad. Estas adaptaciones seculares sobreviven en la Huerta, que es un palimpsesto en el que se identifican las huellas de las diversas etapas históricas. El paisaje confiere idiosincrasia al territorio y a sus habitantes con un variado patrimonio material e inmaterial que, en conjunto, constituye un abanico de culturas. La larga ocupación humana ha ido dejando sus marcas impresas en un estrato domesticado a base de la importación de la experiencia acumulada en otros lugares, adaptando soluciones formales ya probadas, como es el caso de los yundíes que, procedentes de Egipto, introdujeron las



Los ejes del agua y de la red de caminos determinan el emplazamiento del hábitat

técnicas nilóticas en el valle del Segura, en la secuencia de expansión de los cultivos y retroceso del almarjal. Este binomio se muestra como el más eficaz, por ello se ha conservado y reproducido de manera sistemática hasta la actualidad.

La pervivencia de la agricultura como medio de vida ha mantenido la codificación de los elementos en la configuración del agro huertano, como si de un artefacto arquitectónico estuviéramos hablando. En este sentido, la Huerta es un ejemplo magnífico de arquitectura del agua, al formar sus canales una red jerarquizada en su doble recorrido de riego-drenaje que vierte al río de manera secuencial y se repite, dando lugar a un circuito equilibrado que se retroalimenta sucesivamente. La eficiencia de este sistema permite equiparlo a una construcción sostenible, cuya fortaleza radica históricamente en la fertilidad orgánica suministrada por los lodos del río en sus desbordamientos; hecho que posibilita la permanencia continuada de un alto rendimiento edáfico sin provocar el agotamiento del suelo, casi hasta finales del siglo XX donde tuvo lugar la última gran inundación en 1987.

De las cuatro redes funcionales reseñadas anteriormente, este estudio se centra en la correspondiente a los recorridos viarios. Hoy día, en virtud de los cambios experimentados en el paisaje huertano, la red del agua, que es clave fundamental en la configuración y para la comprensión del territorio, se encuentra escondida casi en su totalidad. Estas modificaciones se iniciaron con las mejoras introducidas en el plan de modernización del regadío tras las riadas de los años setenta, proceso que sigue en la actualidad con los programas de tecnificación para el sistema de riego. Así, secuencialmente, se han ido introduciendo cambios en los cauces que estaban primigeniamente excavados en tierra y a cielo abierto. Una primera fase fue revestir las canalizaciones con obra de fábrica enfoscada con mortero de cemento, pero manteniendo la visibilidad del canal; en una segunda etapa se cubrieron éstos con albardilla, con losa o bien se abovedaron, con lo que se ocultó el trazado de la red o parte de ella; para terminar en un tercer estadio con el entubado de las conducciones, lo que supone la pérdida de la referencia visual del trazado y la escala del canal, por cuanto su soterramiento

lo mimetiza con los espacios colindantes. Este proceso desdibuja la lectura de uno de los invariantes más relevantes que conforman el carácter de este espacio de Huerta; por lo que la red caminera adquiere así mayor protagonismo y se convierte en el punto de referencia básico para la aprehensión de esta realidad.

2. Un confuso laberinto para la percepción de la Huerta: los caminos del agua

En el espacio huertano, el valor estructural de las canalizaciones de agua ha sido sustituido por el protagonismo de los caminos que recorren los campos y calcan los ejes directores que aquellas impusieron. La impronta de las conducciones de riego se hace visible de manera clara a través de los recorridos. La organización de estos itinerarios queda condicionada, en un primer momento, por la topografía, al ubicarse en cotas sobre elevadas en relación al lecho de inundación, de ahí la aparición de rutas de conexión periféricas a la superficie regada que conectan las poblaciones, denominadas núcleos bisagra por estar emplazadas en el contacto huerta-campo, como son la N-340 al norte y la CV-923 al sur (que pasa a ser la CV-920 en Bigastro), en paralelo a las estribaciones que limitan el valle. En el interior del llano aluvial, la red de acequias y azarbes marcan la disposición de los trayectos secundarios, que se ramifican extraordinariamente ante los cambios en la estructura de propiedad de la tierra. En efecto, durante el siglo XX se produce una desintegración territorial de las grandes haciendas que conduce a la situación actual de minifundismo generalizado que caracteriza la Huerta (Gil y Canales, 2007). El alto rendimiento de los suelos y la falta de alternativas económicas de carácter industrial, han devenido en una atomización de las explotaciones agrícolas por ventas y particiones hereditarias. De esta manera, se ha configurado el territorio como un confuso laberinto donde, partiendo de los antiguos caminos se llega a una distribución capilar compleja que condiciona el acceso a las parcelas de cultivo y a un hábitat aislado, sujeto a servidumbres de paso.

El esquema organizativo de la red de tránsito que discurre por la Huerta sigue las ramificaciones de las canalizaciones a partir de los ocho azudes que, a lo



Tareas de monda en la red de riego-avenamiento en el territorio de las Pías Fundaciones desecado en el siglo XVIII

largo del río, derivan las aguas de riego. De estas presas parten 19 acequias mayores que distribuyen los caudales, red hidráulica que se completa e interrelaciona con la inversa de drenaje que recogen los avenamientos en los 31 azarbes generales; es decir, hay un total de 50 canalizaciones principales para un área de 21.500 ha, con las que se alinean caminos de acceso para el cuidado y mantenimiento de las mismas. Estas vías han existido desde los inicios del regadío y quedan implícitas en las *Ordenanzas de los Riegos de Orihuela* desde la Reconquista; así, bajo el reinado de Alfonso X el Sabio, se dictó la primera norma el 14 de mayo de 1275, que recogía la trascendencia de mantener en buen funcionamiento las infraestructuras, haciendo especial hincapié en la necesidad de mondar los cauces -erradicar la vegetación que crece en las paredes para no reducir la sección útil- imponiendo penas pecuniarias que podían llevar incluso a la pérdida de libertad y de la propiedad (Bueno, 2005). El cumplimiento de esta obligación, fijada mediante pregón por el Sobrecequero, conllevaba la existencia de los espacios de servicio para ejecutar la tarea encomendada, lo que significa implícitamente la existencia de los caminos. Con estas disposiciones se estuvo funcionando hasta el año 1625, en que se aprobaron las *Ordenanzas de Mingot* por encargo, que unos años antes, Felipe IV había hecho a este abogado fiscal y patrimonial de Alicante, ante el deplorable estado en que se encontraba la Huerta tras la expulsión de los moriscos en 1609. El menoscabo en la producción hortícola afectó a los intereses de la Corona, debido al descuido en la limpieza de acequias y azarbes que limitaba su funcionalidad, dada la inobservancia en el desbastado de los canales y la falta de compromiso de los propietarios a la hora de realizar estas labores.

Así, la normativa obligaba a mondar o podar anualmente las acequias en el mes de marzo, época más idónea al coincidir con el inicio de la primavera, para posteriormente realizar en agosto la extracción de los lodos depositados en los fondos del lecho, debido al paso continuo de agua con arrastre de materia orgánica e inorgánica, con la finalidad de que no se obstaculizara su fluir (Niéto, 1980). Ambos desempeños tenían como misión adicional evitar los encharcamientos para no volver a la situación previa a la implantación del regadío. La tierra dragada era depositada en las motas, incrementando de esta manera las defensas contra los

desbordamientos, a la par que ayudaba a consolidar y recrecer los caminos, haciéndolos transitables en los momentos de riada. Hasta la aprobación en 1793 de las *Ordenanzas de Riego del Azud de Alfeitamí*, los usos y costumbres determinaban la manera de proceder, siendo a partir de esta fecha cuando se detallan las dimensiones que deben tener los márgenes de las infraestructuras de riego y avenamiento. Como en los casos anteriores, la redacción de esas disposiciones refleja una situación de deterioro de los sistemas de la Huerta. De ahí que se ponga especial cuidado en la utilización y conservación de los canales, siendo prioritario el mantenimiento de las brazas de los cauces con mandatos mucho más precisos, donde se especifica la altura respecto de la parcela; que queda en "cinco palmos sobre los bancales en las acequias madres ó mayores, de quatro en las menores, y de tres en las hijuelas" (Real Provisión, 1793).

En 1836 se introducirán nuevas modificaciones al aprobarse las vigentes *Ordenanzas de Riego del Juzgado Privativo de Aguas de Orihuela*, que actualizaba las anteriores de Jerónimo Mingot de 1625; dado que las del Azud de Alfeitamí se dictaron de manera específica para el regadío que abastecía esta presa. La entidad del texto oriolano se visibiliza por la profusión de apartados recogidos en la norma, con un total de 17 ordenanzas que aglutinan 247 artículos, frente a los 37 artículos de la legislación precedente. La trascendencia de los trabajos de monda quedan desarrollados en la Ordenanza séptima con 13 artículos, de ellos interesa reseñar que el mes de marzo sigue fijándose como la fecha idónea para limpiar anualmente los cauces de aguas vivas; mientras que para los azarbes mayores se fija una temporalidad de "al menos cada dos años, y desbardomarse el año que no se monden" salvo los de la Gralla y las Fuentes, que se realizarán cada año en verano. Igualmente los azarbes menores también son objeto de regulación, en ello se observa una preocupación en el legislador, no solo por atender el correcto funcionamiento de los mecanismos de evacuación, sino también por garantizar la salubridad de la población al evitar el estancamiento del agua, como se cita a continuación: "Art. 124. Los azarbes menores se mondarán todos los años, bajo la inspección y responsabilidad de sus respectivos Síndicos en la propia citada época de Julio ú Agosto, procurando anticipar la operación



Aldea-calle "El Secano" construída sobre la mota, en la margen izquierda del río Segura (Benejúzar)

cuando sea posible en beneficio de la salud pública" (Juzgado Privativo de Aguas de Orihuela, 1836).

Los meses estivales son los más adecuados para llevar a cabo las limpiezas de las conducciones, al coincidir con un periodo de inactividad productiva en la agricultura por las condiciones extremas de la climatología del sureste español, que inciden en el marcado estiaje del río Segura. No hay que olvidar que es una Huerta con predominio de cultivos de ciclo corto y dedicación herbácea, donde el tiempo de barbecho se aprovecha en otros quehaceres para la puesta a punto de los aperos y parcelas previo al inicio del nuevo año agrícola, que coincide con las festividades de San Juan (junio) o San Miguel (septiembre) según los casos. No obstante, la normativa vela por el estado de conservación de la malla de riego en cualquier estación, en previsión de alguna incidencia que pudiera alterar el correcto uso de la misma; así se dicta la obligatoriedad de inspeccionar permanentemente los cauces dada la trascendencia de su función, siendo el juez, en caso de omisión del síndico, quien lo podía exigir a petición del regante que se considere perjudicado: "Art. 128. En cualquiera tiempo del año que se enronen en todo ó parte los acueductos, ó caiga en ellos algún coston ó rivera ú otro impedimento que perjudique al libre curso del agua, deberá el Síndico disponer su limpieza sin demora; y no haciéndolo lo mandará el juez requerido por algún interesado a costa de quien corresponda" (Juzgado Privativo de Aguas de Orihuela, 1836).

En este territorio es determinante la urdimbre del tejido, que en el caso que analizamos está formado por acequias-azarbes que condicionan el eje caminero y ambos definen la estructura parcelaria. El binomio riego-avenamiento como estructura básica e inexistente en otros ámbitos geográficos, es el que a lo largo de la historia ha llamado la atención de aquellos estudiosos que recorrieron estas tierras. En este sentido Cavanilles recoge en el siglo XVIII que la Huerta estaba cruzada de este a oeste por el río Segura cuyas aguas benefactoras son "guiadas por acequias y multitud de canales" (Cavanilles, 1795), idea que refuerza Pascual Madoz al indicar que el sistema hidráulico está formado por un "confuso laberinto" (Madoz, 1849). Esta profusión de canales de riego sorprendió igualmente a todos aque-

llos viajeros que describieron la vega, que la muestran como "una verde alfombra" (Sociedad de Literatos, 1832) o como "el jardín de España" (Miñano, 1827), en clara alusión a la importancia que la agricultura tenía en la caracterización de este paisaje. De ahí que la red de caminos se organice acompañando al trazado del sistema de riegos y, a su vez, se estructure jerárquicamente siguiendo sus pautas. El armazón de carácter longitudinal conforma un bastidor de hilos que articulan el terreno, cuyos intersticios son las parcelas de cultivo, elementos, todos ellos, que definen la identidad de este paisaje.

3. Los recorridos viarios de la Huerta: caminos, carriles, sendas y márgenes medieros

Tal y como se ha puesto de manifiesto en el epígrafe anterior, la Huerta está surcada por un denso entramado caminero derivado del complejo sistema de canalizaciones; aspecto éste que se recoge de manera sistemática por primera vez en las ordenanzas de riego de finales del siglo XVIII, dándole carácter legislativo a aquello que hasta ese momento se había transmitido como derecho consuetudinario. Estos espacios de acceso y protección de la red hidráulica, reciben diversas denominaciones como: "rivera", "coston", "brazo" o "quejero", que son "las márgenes que contienen el agua dentro de su cauce... la cual sirve para el resguardo del agua, tránsito de los herederos en su búsqueda, é igualmente para poner en ella el barro, ó escombros de la limpia ó monda" (Ordenanza Preliminar. Juzgado Privativo de Aguas de Almoradí, 1793). Se desprende de ello que la infraestructura de tránsito se desarrolla simultáneamente con la de riego-avenamiento, a la vez que los aportes extraídos de la segunda (red hidráulica), consolidan y recrecen anualmente la primera (red caminera); de ahí que el hábitat se distribuya a lo largo de esos ejes al quedar por encima del campo de inundación.

Las Ordenanzas de la Huerta de Orihuela del siglo XIX copian lo estipulado medio siglo antes en la norma del Azud de Alfeitamí. La anchura de estos caminos queda reflejada en el Cuadro I, en el que se fijan las dimensiones en palmos valencianos que se han reconvertido al sistema métrico decimal. De ellas se despren-





Perspectiva del regadío tradicional en la parida rural de Las Norias (Orihuela)



Pretil de protección sobre la mota del río Segura en la finca de Carmona (Benejúzar)

de la existencia de una jerarquía viaria que muestra la mayor amplitud en la ribera del río (9,02 m), para ir estrechándose a la par que lo hace la distribución del riego; así el área de circulación en las acequias mayores es de 2,14 m, que pasa en las acequias menores y brazales a 1,07 m, para terminar en las hijuelas en 0,54 m. Estos viarios, desde el punto de vista funcional para la movilidad territorial y, tomando como referencia la denominación popular, se corresponden con los términos de: camino, carril, senda de herradura y margen medianero o "andaor", respectivamente. Los recorridos paralelos a la red de drenaje mantienen el mismo patrón que el observado anteriormente, si bien en los escorredores se indica que no tienen braza o costón "Art. 11. (...) y se miden en la venta de estas, como si fuera la de ellos panificada y fructífera, á menos que no estén medieros con otro ú otros herederos; en cuyo caso para dichas ventas solo se cuenta y mide la mitad del escorredor ó escorredores contigua a las tierras que se venden" (Juzgado Privativo de Aguas de Orihuela, 1836).

La normativa de Orihuela recoge en el Artículo Primero de su Ordenanza Preliminar, apartado tercero, el derecho a expropiar terrenos a particulares para garantizar los pasos según las medidas recogidas en el cuadro anterior, siguiendo el criterio establecido por "perifos labradores" nombrados por ambas partes, para llegar a un acuerdo en la compensación económica. Otros aspectos importantes relacionados con la red de caminos se recogen en la Ordenanza Nona, que atiende a la conservación de los márgenes y las prácti-

cas de uso para mantener en buen estado las canalizaciones. Cabe destacar la referencia a la obligatoriedad de que, previa autorización, se puedan atravesar los cauces siempre que se hagan de construcción sólida (piedra y cal), prohibiendo expresamente la realización de obras precarias que puedan desmoronarse y obstaculizar la conducción. Igualmente, veta, como medida de conservación, el tránsito de ganados de cualquier tipo por estos caminos; todo ello bajo multas de carácter pecuniario. Por último la Ordenanza Décimotercera trata de la preservación de las riberas del río, con el fin de evitar los desmontes, para ampliar los huertos, que lleven consigo un debilitamiento y reducción de las mismas, para garantizar de este modo la fortaleza de su sección frente a las avenidas del río Segura.

A la red jerarquizada de caminos condicionada por el trazado del riego, hay que añadir una serie de vías de conexión, de rango superior, que asumen el papel de poner en comunicación los núcleos principales emplazados en la Huerta y que se corresponden con las cabeceras municipales en el largo proceso de ocupación del llano aluvial. También hay que contar con otros ejes de tránsito, de tipo histórico, derivados del desplazamiento ganadero, atraído por los pastizales del secano circundante al valle. Tal y como recogen las distintas ordenanzas de aguas, la ganadería quedaba excluida de utilizar los ejes creados para el mantenimiento del regadío, relegando sus itinerarios a los ancestrales marcados por la trashumancia, coincidentes en algunos tramos con los viarios vecinales entre poblaciones.

Cuadro I. Anchura de márgenes con relación a la red hidráulica en las Ordenanzas de Riego de la Huerta de Orihuela y su correspondencia viaria

Red de riego			Red de avenamiento			Red viaria
Río Segura	40 palmos	9,02 m	Río Segura	40 palmos		Camino
Acequia Mayor	9,5 palmos	2,14 m	Azarbe Mayor	9,5 palmos	2,14 m	Carril
Acequia Menor	4,75 palmos	1,07 m	Azarbe Menor	4,75 palmos	1,07 m	Senda de herradura
Brazal	4,75 palmos	1,07 m	Azarbeta	4,75 palmos	1,07 m	Senda de herradura
Hijuela	2,38 palmos	0,54 m	Escorredor	2,38 palmos	0,54 m	Margen medianero

Fuente: Ordenanzas para el gobierno y distribución de las aguas que riegan la Huerta de la Ciudad de Orihuela y otros pueblos sujetos al Juzgado Privativo de la misma. Orihuela, Imprenta Zerón, 1946, 71 pp. Elaboración propia.



Árboles de sombra, vegetación relicta alineada en la carretera central de la Huerta (eje Almoradí-Orihuela)

Tomando como referencia únicamente el municipio de Orihuela, cabe destacar que en él se han inventariado treinta vías pecuarias, con anchos variables que oscilan de 6 a 20 metros y que reciben diversas denominaciones, como son coladas, veredas y cañadas (Gil, 1991). Muchas de ellas han quedado integradas en la red actual de carreteras y mantienen en sus arcones los tradicionales pueblos-fachada; como por ejemplo observamos en la: Colada de Cuatro Caminos a Benejúzar (CV-923), Vereda de Hurchillo (CV-925), Vereda del Camino de Cartagena (CV-921), Colada del Camino Viejo de Callosa (CV-900) y Vereda de Orihuela a Alicante (N-340).

La mayor amplitud de estas rutas ganaderas es la que proporciona un espacio de oportunidad para construir vivienda, mediante una ocupación espontánea, en algunos casos de carácter irregular, que ha evolucionado desde la precariedad de materiales efímeros, como el adobe y la cubierta vegetal que caracterizaba a la barraca, hasta la consolidación de una obra más sólida, aunque igualmente pobre, que adquiere derechos de permanencia con el transcurso del tiempo. Paulatinamente se va consolidando un hábitat construido en los márgenes de los caminos interurbanos más frecuentados, evitando el aislamiento de la población al buscar la cercanía del vecindario, convirtiéndose en un eje para la vida social, con una configuración lineal de fachada que puede ubicarse a uno o ambos lados, conformando la aldea-calle tan representativa de la Huerta. En este modelo inciden dos factores condicionantes motivados por la proximidad y la intensidad de flujo de paso.

La proliferación de casas a lo largo de esos ejes restringió la funcionalidad futura de la vía. La estrechez e irregularidad del itinerario y la densidad de población que vivía en sus márgenes motivaron que, desde finales del siglo XIX, cuando se diseñó el Plan Nacional de Carreteras, se tuvieran que articular en la Huerta otros itinerarios. La implantación de un nuevo medio de transporte, como fue el ferrocarril originó, en virtud de la legislación vigente, la supeditación de las carreteras al "camino de hierro", con la finalidad de ligar del mejor modo posible todas las áreas productoras de importancia, con las estaciones de tren. Este llegó a Orihuela en

1884, al quedar emplazada en la línea Alicante-Murcia de los Ferrocarriles Andaluces, de la que partía un ramal en la comarca en dirección a Torreveja, para la comercialización de la sal. No hay que olvidar el predominio económico que entonces mantenía la vega como gran centro exportador de productos hortícolas, así como de materias primas para la industria textil y conservera. Con este objetivo, las especificaciones para la materialización de recorridos de nueva planta contemplaban un ancho mínimo de firme, "comprendido entre cuatro metros y medio y seis metros" (Rodríguez, 2004), que conectaran los núcleos huertanos de forma más rectilínea y alejada de las áreas habitadas que habían surgido a lo largo de antiguos caminos; no sólo para poder ampliar el ancho de rodadura adaptado a las necesidades de los vehículos, sino también para garantizar la seguridad de las pequeñas agrupaciones vecinales. El efecto de este planteamiento es que aparece una duplicidad de ejes, donde conviven los trazados de esas carreteras con los recorridos ancestrales que incorporaron en su topónimo el calificativo de "viejo"; como ejemplo ilustrativo citamos la carretera de Orihuela a Almoradí (actual CV-91 y CV-914) que sustituye al "Camino Viejo de Almoradí" como itinerario principal de comunicación, circunstancia que se repite en muchas localidades de la zona.

El dinamismo económico de las últimas décadas, derivado de la proliferación de viviendas diseminadas para un nuevo perfil de usuario vinculado al tiempo libre y turismo, así como la aparición de naves industriales y pequeños polígonos de servicios, sin olvidar el uso intensivo del transporte privado como principal medio de locomoción ha motivado: la ampliación de las antiguas carreteras; la construcción de otras nuevas adaptadas a estos flujos con vallado lateral, a las que solo se accede a través de enlaces; y, por último, el ensanchamiento y asfaltado de los caminos tradicionales, a costa de cubrir las canalizaciones de riego y avenamiento. De esta manera se ha completado la red viaria que surca la Huerta, estableciéndose una jerarquía que integra las recientes conexiones que detallamos a continuación, con los primigenios ejes de tránsito -regadío y vías pecuarias-, tal y como se sintetiza en el Cuadro II. A la cabeza de esta clasificación se sitúa la autovía Alicante-Murcia (A7) que configura el límite septentrional del regadío al emplazarse en la frontera con el seco; de



Red de riego canalizada en la que se pueden identificar sucesivos recrecimientos para prevenir el desbordamiento

ella nace la autovía Crevillente-Cartagena, AP-7, que corta transversalmente la Huerta al seguir el viejo trazado del tren salinero en dirección a Torrevieja, con una sección transversal de 36 metros. Tras ella, aparecen el resto de carreteras convencionales, que son antiguas vías remozadas y que tienen una amplitud de 9 ó 10 metros de calzada. Hay dos casos que, pese a tener una sección similar a las anteriores, son una excepción en este territorio: la circunvalación Granja-Cox-Callosa dentro del llano aluvial, para salvar la conurbación de estas poblaciones adosadas a la Sierra de Callosa y el denominado "Eje del Segura" (CV-91 Orihuela-Almoradí-Guardamar) que es una vía rápida cuyo trazado recorre longitudinalmente el valle y que es el lugar de más flujo de tránsito tal y como recogen los estudios estadísticos de la Generalitat Valenciana.

El complejo entramado viario es clave hoy en día para comprender el paisaje huertano, por cuanto si organizamos la malla según la jerarquía de conexiones establecemos, como rango superior -función de tránsito y acceso a vivienda- el grupo formado por la secuen-

cia de caminos, cañadas y carreteras, vinculados con el asentamiento de las poblaciones. Tras ellos, aparece la categoría inferior -función de acceso a las parcelas de cultivo y control de caudales- constituida por la serie de caminos, carriles, sendas de herradura o "sendas bozales" (como se denomina en Rojas) y márgenes medianeros, que son los itinerarios de servicio a la red de acequias y azarbes, que supera con creces en longitud a la anterior. Se observa de este modo, distintos comportamientos según el uso estratégico que cumple cada elemento dentro de la red. Estos últimos tienen limitada desde antaño la ocupación de sus brazos, que deben quedar expeditas para las labores de conservación. En este sentido, las Ordenanzas son taxativas al indicar "no pueden ocuparse, ni cortarse, con cercas, casas o barracas" tal y como establece la Ordenanza XVII del Azud de Alfeitamí. Pese a esta limitación estricta, el trabajo de campo muestra la laxitud en la aplicación de la norma, ya que en el espacio dependiente de esta presa abundan ejemplos de canalizaciones cubiertas parcialmente por un continuo de casas de medianera compartida. Aspecto este que se observa en el término municipal de Almoradí, sobre la Acequia Mayor en el tramo de salida hacia La Eralta, así como en la Acequia del Convento y en la Hila Camino de Catral. También en el término de Daya Nueva, cuyas tierras están supeditadas a la misma obra de riego, encontramos la Calle del Molino que cubre por tramos la misma Acequia Mayor en dirección al caserío de Cuatro Caminos; así como la Azarbeta de Lucas en la salida de esta localidad hacia Almoradí, por La Bodega. Ejemplos todos ellos que ocultan tanto la red de riego como la de avenamiento.

El resto de Ordenanzas, vigentes en la actualidad en los distintos Juzgados Privativos de Aguas, como son: las emanadas en 1625 para los de Rojas y Guardamar, la de 1836 para Orihuela y la de 1899 para Catral, recogen la necesidad de mantener libres los márgenes de los cauces de riego al indicar expresamente que "nadie podrá ocupar la braza" (Orihuela, art. 139) y que "los dueños de los terrenos limítrofes a los acueductos no podrán practicar en sus cajeros ni márgenes obra de ninguna clase, ni aún a título de defensa de su propiedad" (Catral, art. 27), en dicho caso lo pondrán en conocimiento del juez para que tomen las oportunas medidas. No obstante, al igual que en el caso anterior,

Cuadro II. Jerarquía de la red viaria que surca la Huerta del Bajo Segura

Denominación	Ancho (m)
Viarios del regadío	
Margen medianero	0,54
Senda de herradura	1,07
Carril	2,14
Camino	9,02
Carreteras con tramo de vía pecuaria	
Colada	6-10
Vereda	10-20
Cañada	20 ó más
Carreteras convencionales	9
Vía rápida	10
Autovías	36

Fuente: Elaboración propia a partir de la información citada en el texto.



Alineación de casas en el Barrio de Berengueres, apéndice de Dolores

la realidad ha sido bien diferente y con el tiempo, esos ejes, se fueron convirtiendo en sitios de ubicación de casas populares en un momento de coyuntura favorable debido a diversas causas como: la presión demográfica ante el incremento de población; la abundante mano de obra que necesitaban los cultivos de ciclo corto y carácter anual típicos de la Huerta; la presencia de una gran pléyade de braceros y jornaleros sin tierra, ante la desigualdad en la estructura de propiedad del suelo; y, por último, la inexistencia de parcelas para edificar en los caseríos, cuyo crecimiento estaba condicionado por la prioridad de protección del espacio productivo como único recurso económico existente en la zona. Ante estas circunstancias se permitió la ubicación de barracas en un momento en el que primó más la necesidad perentoria de carácter humanitario frente a la aplicación estricta de la reglamentación. Con estos antecedentes, lo que comenzó siendo una medida provisional se transformó, durante el desarrollismo de la década de los sesenta, en una petición formal de los inquilinos de incrementar las condiciones de habitabilidad ampliando sus viviendas a costa de cubrir las canalizaciones, a cambio del compromiso de realizar muros de piedra como mejora aportada a estos cauces. Esta actuación es el paso fundamental para consolidar el derecho de ocupación de este suelo, por lo que la edificación adquiere carácter de permanencia.

A través del trabajo de campo hemos comprobado el sentimiento recogido en personas de mayor edad, que manifiestan el progreso familiar que supuso cambiar "de la pobre barraca huertana a una casa sólida de ladrillo". En esta época, todavía en muchos de los municipios de la vega la barraca constituía la tipología de vivienda fundamental en el paisaje, tanto en el hábitat disperso como en los núcleos rurales (Ciscar, 1974). Algunos ejemplos que a continuación citamos son la prueba evidente de que se trata de una práctica extendida por la Huerta, con muestras representativas de "casas mota", que protegen el cauce y, en ocasiones, "vuelan" sobre las canalizaciones para ampliar la superficie habitable, como son: en Orihuela la Acequia de Molina en el paraje de Desamparados, la Acequia de Callosa en Media Legua, la Acequia del Mudamiento, el Azarbe de la Abuela en el Camino Viejo de Almoradí o la Acequia de Alquibla en Hurchillo; esta misma acequia, una de las más largas de la vega, muestra pa-

trones similares en los términos de Bigastro, Benejúzar y Algorfa; en Catral la alineación de viviendas que sigue la Arroba de la Madriguera o la Arroba de Hornos en el Barrio de los Dolores, así como el eje que se observa en la Arroba de San Juan o en la Acequia de Catral en el Barrio de Santa Águeda; en Callosa de Segura a lo largo de la Arroba Lo Monreal; en Redován la Acequia de Callosa en el caserío Rincón de Redován; en San Fulgencio cubre a tramos intermitentes los cinco metros de anchura del Azarbe de la Reina; en Dolores, los azarbes de Abanilla y Mayayo, con amplitud de cauce similares al anterior, se han convertido en un paseo sobre elevación que marca los límites de una nueva zona de crecimiento urbano. Esta situación ahora tan generalizada, es la que antaño ocuparon de manera excepcional los molinos harineros, para aprovechar la fuerza motriz del agua, como fueron: en la Acequia de Alquibla el de Bigastro; en la Acequia de Abanilla el de las Pías Fundaciones (Dolores); o bien el del Azarbe de Millanares en el camino del Badén (Orihuela).

En la red viaria de la Huerta se observa con claridad dos patrones distintos de actuación que con el tiempo convergen. Si en inicio solo se asociaba la construcción de edificaciones a la jerarquía de caminos de rango superior; debido a las condiciones antes descritas se produjo un escenario similar para la categoría inferior, que además de acceso a las fincas y para la conservación de cauces, atrajo también el emplazamiento de casas. Hay que tener presente que la red secundaria es la que mayor peso tiene a la hora de aprehender la naturaleza de la propia Huerta, debido a que sus múltiples ramificaciones permiten el recorrido capilar por todo el tejido productivo de regadío tradicional y nos proporciona una visión muy próxima, frente a la imagen amplia y de conjunto que se percibe desde los ejes rectores. En este contexto apreciamos cómo otro artículo de la normativa del Azud de Alfeitamí, al describir la superficie regada por la citada infraestructura hidráulica señala que ésta se configura por "infinitos cauces que la cortan por todas partes" (Real Provisión, 1793) que guiarían igualmente los itinerarios correspondientes de servidumbre de paso en número ilimitado. Como ilustración cuantificada de la complejidad de la maraña viaria que recorre una canalización, presentamos los recorridos que siguen a la Acequia Mayor que deriva de la mencionada presa; la red de riego guía noventa





Imagen de la Huerta desde el Camino de la Arroba en Catral



Casas-mota en la Acequia Vieja de Almoradí en La Campaneta (Orihuela)

carriles o sendas, mientras que la de avenamiento organiza cincuenta y ocho viales, lo que supone un total de ciento cuarenta y ocho ejes camineros. El cómputo no contabiliza las sendas medianeras por quedar en el interior de propiedades privadas. Considerando que el río tiene ocho azudes, de los que parten 50 conducciones entre acequias y azarbes mayores, se desprende la profusión de trayectos que atraviesan el valle de forma multidireccional.

En ocasiones, esta red viaria auxiliar del regadío limita, en su trazado, con la red principal formada por caminos y cañadas; si bien, las Ordenanzas recogen claramente en su articulado que son elementos diferenciados y aboga siempre por la conservación de las brazas, impidiendo su estrechamiento o menoscabo, obligando a su restitución tanto en caso de pérdida de anchura por desmoronamiento, como por ampliación de los huertos de los usuarios regantes. En este sentido, está estipulado en los usos y costumbres de Rojales al determinar que: "en los acueductos que lindan con caminos, veredas y sendas bozales, si no quedase la braza independiente del camino o vereda de tránsito, y fuese estrecho por los portillos o vueltas que hayan hecho el tiempo en dichos acueductos, se enderezan estos y componen a costa de los Heredamientos respectivos, con estacada o pared. Pero si fuese la causa haberse arrimado los herederos con sus labores o cauces propios, retiran y dejan expeditos braza y camino" (Juzgado Privativo de Aguas de Rojales, art. 104).

La configuración caminera que discurre por el llano aluvial del Segura ha cumplido históricamente una serie de funciones como son: a) la vinculación directa de los núcleos emplazados en lugares estratégicos del valle para favorecer la pervivencia de las comunidades que habitaban y trabajaban en él. Estos recorridos fueron avanzando de acuerdo con la transformación del marjal en vega cultivada, desde el interior hacia el litoral; b) la conectividad transversal que se establece entre las ubicaciones de los anteriores asentamientos huertanos con el entorno de campo que los ciñe, es decir, enlazando dos modelos productivos contrastados: regadío y secano; c) la identificación de áreas de intercambio y de relación de las personas asentadas en él con otras vecinas, al favorecer el encuentro casual

de los habitantes y generar lazos de convivencia; y por último, d) la visión del medio rural, al establecer una red de recorridos escénicos desde la que asomarse a la actividad cotidiana, que queda reflejada en las características del paisaje.

A las anteriores se incorporan ahora otras que refuerzan todavía más el papel fundamental que desempeñan estos ejes en la sociedad actual, dado el extraordinario crecimiento experimentado por los núcleos urbanos emplazados en la Huerta, ya que sirven de: a) corredores medioambientales, pues unen el medio rural al espacio construido, circunstancia que ha motivado un cambio de percepción en la población, conscientes de que han pasado de habitar unos núcleos periagrícolas a otros inmersos en una vega periurbana; b) recorridos de esparcimiento relacionados con la nueva mentalidad de los habitantes, que los utiliza para el desarrollo de diversas actividades de ocio como complemento lúdico urbano; c) rutas etnológicas de transmisión del conocimiento vernáculo, donde se muestra la adaptación que del medio natural han hecho las generaciones de pobladores en este hábitat de complicada supervivencia; y por último, d) manifestación real de la herencia patrimonial recibida, que de manera holística aglutina las múltiples formas en las que se concreta el legado cultural de esta comunidad, plasmada en la construcción social del territorio.

4. La disposición lineal del hábitat: casas-mota y pueblos-calle

El patrón de ocupación que siguen las casas en la Huerta es otro de los elementos estructurantes de este territorio. La marcada disposición rectilínea da origen a pequeñas agrupaciones discontinuas, que fueron colmatándose con el tiempo, e incluso dieron lugar al surgimiento de poblados compactos vinculados al poder aglutinador que ejercía la iglesia como hito social de atracción. Este hecho es una constante en la comarca desde que se crea el Obispado de Orihuela a mediados del siglo XVI, que irá extendiendo la asistencia espiritual a la par que se produce el crecimiento demográfico y la puesta en cultivo de nuevas tierras. La agrarización y el despegue demográfico vivieron un momento de máxi-



Finca Las Morenas en Almoradí con riego de la Acequia de Alquibla

mo apogeo en el siglo XVIII, una vez superado el revés de la Guerra de Sucesión. Uno de los casos que ilustran el citado proceso lo encontramos en la pedanía de Los Desamparados, que debe su origen al templo de igual nombre, edificado en el primigenio Partido de la Huerta, al oeste de Orihuela, territorio comprendido entre la Vereda del Reino (divisoria con Murcia) y dicha ciudad. En 1779, el obispo Tormo dio respuesta a la petición de los vecinos, construyendo una ermita como Ayuda de Parroquia dependiente de la iglesia oriolana de Santas Justa y Rufina. Por aquella época, ya existía en la zona un importante caserío disperso, formado por 231 casas o barracas, en agrupaciones comprendidas entre 6 y 16 viviendas. Éstas se distribuían a lo largo de los caminos o veredas, así como siguiendo las directrices marcadas por la red del regadío. Por lo general, ocupaban terrenos comunales que fueron privatizados mediante construcciones, de forma paulatina, ante el fuerte impulso poblacional del setecientos, ya que la agricultura intensiva demandaba muchos braceros. Como consecuencia, se produjo una fragmentación de los predios, que fueron subarrendados, hecho que originó un mayor número de viviendas en el interior de las haciendas.

Los topónimos de la zona son bastante significativos; así tenemos la Vereda del Reino, la Vereda de Buena Vida o el Mojón para asentamientos en la red caminera; Roba de Moquita, Rincón de las Ñoras, Roba de don Ramón, Acequia de Alquibla, Puente Alto, Parada Alta o Parada del Álamo, para las viviendas que se distribuyeron siguiendo los ejes de la infraestructura hidráulica. Por último señalar, los caseríos cuyos nombres recogen la misma denominación que las fincas, entre ellos Hacienda de Los Chopos, La Faborida, Saladar de Pastor, Holma de Pastor y Ermita de Pastor, en clara alusión estas últimas a la parcelación de una heredad. La descripción recogida en la constitución parroquial señalaba los motivos que promovieron esta iniciativa: por un lado la pobreza de sus habitantes, al ser la inmensa mayoría jornaleros y, por otro, el aislamiento en que éstos quedaban tras las calamitosas inundaciones del Segura, alejados de toda ayuda económica y espiritual que suministraba la urbe. Ello avala la teoría de una ocupación condicionada por los intersticios de tránsito de la Huerta, realizada por una población con escasos recursos económicos y siempre vinculada a las labores agrícolas. La construcción del templo auspició

la génesis de un conglomerado de viviendas en torno al edificio, convirtiendo el lugar en un polo de atracción protourbano. Así, entre 1775 y 1799 el número de casas allí levantadas pasó de 6 a 21; proceso que se retroalimenta debido a la concentración de servicios que irá aglutinando este núcleo huertano en el centro del valle (Canales y Muñoz, 2014).

Si tomamos como referencia el municipio oriolano, éste es un claro exponente de la evolución que ha experimentado el poblamiento a lo largo del siglo XX. A comienzos de dicha centuria todavía son evidentes los patrones tradicionales de ubicación anteriormente reseñados, de manera que el panorama que presentaba el término, al iniciarse el decenio de 1910, venía caracterizado por el extraordinario peso que, tanto desde el punto de vista económico como demográfico, tenía la ciudad y el espacio agrícola inmediato. Orihuela ostentaba la cabecera comarcal al albergar la totalidad de los servicios y en ella residía un tercio de la población. Los restantes habitantes se repartían de manera dispersa por el territorio, bien en diseminado o bien concentrados en unidades menores representadas por 4 aldeas y 19 caseríos, que debían estar compuestas, como mínimo, "de diez o más edificios y albergues" (Real Decreto, 1910). Es de destacar todavía el predominio que adquiría el hábitat aislado emplazado en la Huerta circundante, dado que el censo para dicho año distingue aquellos que viven a menos de medio kilómetro de la urbe, con un total de 1.305 habitantes (el 3,7%) de los que habitan más allá de ese umbral, con 17.569 personas (el 50,1% del total). Llama la atención como la mitad de la población reside en casas unifamiliares ubicadas en el interior de las explotaciones rurales, como se precisa en el municipio de Orihuela "a donde llegan las pródigas aguas del Segura, es una alegre campiña llena de granjas y alquerías separadas entre sí por muy cortas distancias, pues un pequeño trozo de tierra de esta fertilísima huerta, es suficiente para sostener la vida de una familia de agricultores (...) buena parte de la población vive diseminada por la huerta ocupando las típicas barracas" (Figueras Pacheco, 1913). En éstas residía una abundante mano de obra eventual vinculada a la intensiva rotación de cultivos, al lograr hasta cuatro cosechas al año en una misma parcela.



Azarbe y Camino de La Partición. Límite histórico entre los municipios de Albaterra y San Felipe Neri; en la actualidad San Isidro y Crevillente

A mediados del siglo XX el poblamiento de Orihuela experimenta una transformación sensible dado que los caseríos y aldeas concentran ahora el mayor número de población del municipio al aglutinar a la que se encontraba diseminada anteriormente, mientras que la ciudad, pese a que incrementa sus habitantes, mantiene un porcentaje similar a la de principio de centuria (14.198 habitantes, el 31,6%). Los pequeños núcleos urbanos de las pedanías rurales se nutren de los movimientos migratorios que ya empezaban a vaciar el espacio agrícola, ante la sustitución de los cultivos herbáceos por los arbóreos, fruto de la construcción de pantanos en la cabecera del Segura (Canales, 1993). Este hecho motivará una merma de mano de obra que se hará patente en las décadas siguientes. En 1950 ya encontramos nueve caseríos o aldeas que superan los 1.000 habitantes -el mayor de ellos, Las Norias, con una población de 1.964 personas-, y cuatro núcleos que sobrepasan los 2.000 -siendo el más poblado, San Bartolomé, con 2.648 habitantes-. Estos dos grupos de entidades menores congregaban, respectivamente, el 29,51% y 21,07% de la población oriolana, es decir, la mitad (50,58%) de los residentes en el municipio, cuando en 1910 todas las agrupaciones vecinales reunían tan sólo el 14,5% del total. En todo caso, la agricultura continuaba siendo la actividad económica dominante en Orihuela como señalaba un cualificado observador al matizar que para los ciudadanos sus "preocupaciones" eran "más rurales que urbanas", dado que el mayor número de transacciones giraban "en torno a la huerta" (Sermet, 1956).

Medio siglo después, la distribución territorial de la población de Orihuela vuelve a conocer nuevas pautas en su localización. Se asiste de forma generalizada a un despoblamiento del hábitat diseminado por el medio rural, tanto como a una disminución demográfica en los pequeños caseríos. Por el contrario, los núcleos vecinales que han incrementado el número de residentes son aquellos mejor ubicados, bien por constituir el extrarradio próximo a la ciudad de Orihuela, como La Aparecida, Raiguero de Bonanza, Correntías Medias, Los Desamparados, El Escorratel y Molins, o bien por convertirse en las áreas de servicio de los nuevos regadíos surgidos en el secano tradicional, tales como La Murada, La Matanza y Torremendo. No obstante, llama poderosamente la atención el fuerte crecimiento

que experimenta la ciudad de Orihuela que aglutina el éxodo procedente de su espacio agrícola y duplica así sus habitantes con relación a 1950. Pese a ello, su peso poblacional con relación al municipio permanece prácticamente estancado, debido a la aparición de un nuevo sector residencial, el de Orihuela-costa, que congrega tanto a la población extranjera como a los de procedencia nacional que en las últimas décadas se han ido asentando en el territorio. En 2011, la población oriolana alcanza los 89.660 habitantes, de los cuales la ciudad reúne 33.912, es decir, el 37,82% del total municipal, frente a los 31.034 que lo hacen en la entidad singular denominada Orihuela-costa, con el 34,61%; quedando los restantes localizados en multitud de agrupaciones menores que constituyen aldeas y caseríos. De los 92 núcleos urbanos individualizados en el territorio, la capital de Orihuela reúne cuatro de ellos a modo de barrios periurbanos, mientras que en la demarcación Orihuela-costa se especifican 38. Al margen de estos se detallan todavía unas 50 poblaciones de carácter menor que se corresponden con los históricos asentamientos de origen agrícola (Canales y López, 2012).

5. El paisaje huertano: lectura y valor escénico

El paisaje de Huerta integra la estructura agrícola junto con la base cultural heredada, sustrato de su esencia histórica y del carácter que la identifica como un área con singularidades específicas. Se trata de un sistema dinámico, no estático, en el que cada elemento es un factor engranado con el resto y que no se entiende de manera separada, sino que el sentido de su existencia está relacionado con el papel que dicho componente juega de manera encadenada con todos los demás.

El valle del Bajo Segura es un lugar de topografía muy llana, delimitado por dos cadenas montañosas de distinta dimensión: el lado septentrional con la alineación configurada por la Sierra de Orihuela -634 m de altura máxima- y la Sierra de Callosa de Segura -568 m- que configura el fondo de escena de la llanura aluvial; mientras que el lado meridional está encuadrada por las estribaciones de la Sierra de Hurchillo junto con una serie de cabezos y lomas de menor entidad que



Palmeral de San Antón en Orihuela, declarado paraje pintoresco desde 1963

las anteriores, que siguen el curso del río hasta su gola. Este cierre de perspectiva de elevaciones periféricas contrasta con la planicie central, sin que exista prácticamente ningún escalón de transición; por ello, en este contexto, cualquier pieza que sobresalga de la línea del horizonte adquirirá protagonismo al ser un referente o un destacado hito visible. Tal y como se analiza en este trabajo, hay una serie de componentes que configuran lo que denominamos "paisaje huertano", como son la corriente fluvial junto con los ejes del agua, la red caminera dependiente de ésta, los asentamientos y los cultivos. Los dos primeros son los más trascendentes puesto que organizan al resto, pero quedan en el plano de suelo, es decir, no se visibilizan salvo por la disposición de los dos últimos. La urdimbre de vías "camino del agua-caminos de recorrido" desarrollada progresivamente desde los primeros aprovechamientos agrícolas, constituye el armazón que da forma visual al territorio, restringiendo las áreas para plantar o para edificar en virtud del mejor rendimiento y generando así el espacio que identificamos como hábitat de Huerta. El carácter de este paisaje, que calificamos de único y singular por sus especificidades diferenciadoras con respecto a otros espacios agrícolas, se obtiene de la relación entre hombre y naturaleza que genera lo que denominamos "paisaje cultural" de valor sobresaliente, desde los puntos de vista histórico, estético, etnológico y antropológico. Estos paisajes ilustran la evolución de los establecimientos humanos a lo largo del tiempo, sometidos a las constricciones físicas y a las oportunidades presentadas por el ambiente natural y las fuerzas sociales, económicas y culturales, tanto internas como externas (UNESCO, 1992). Es la base del conocimiento etnológico la que desentraña el código para comprender qué elementos fundamentales nos permiten interpretar y aprehender la Huerta, bien de manera consciente o bien inconsciente, por parte del espectador.

Siguiendo la clasificación de paisajes culturales dada por la UNESCO la Huerta representa un *Paisaje Evolutivo y Continuo* en el tiempo, por cuanto sigue teniendo un papel activo en la sociedad actual y es reflejo de la forma de vida tradicional de una comunidad. Tal y como ha quedado registrado en obras de creación tanto artísticas como literarias, al servir como fuente de inspiración constante para pintores, escritores y poetas, entre ellos podemos citar como figuras más

destacadas en los últimos tiempos a Joaquín Agrasot, Gabriel Miró y Miguel Hernández, cuyas composiciones immortalizan una imagen huertana que permanece en la memoria colectiva de las personas. De esta manera, la Huerta también se puede catalogar como *Paisaje Asociativo* siguiendo la terminología anterior; e incluso identificarlo según otros autores como *Paisaje Lineal*, al ser un claro exponente de una cultura de agua hereditaria que surge siguiendo los ejes de los ríos y también las infraestructuras hidráulicas (Rössler, 2002). La vega es un entramado de canalizaciones que representa una obra monumental de este modelo, caracterizado por una alta complejidad, unida a factores significativos como son los sociales, económicos y tecnológicos que han motivado unos principios de autenticidad, integridad y gestión racional.

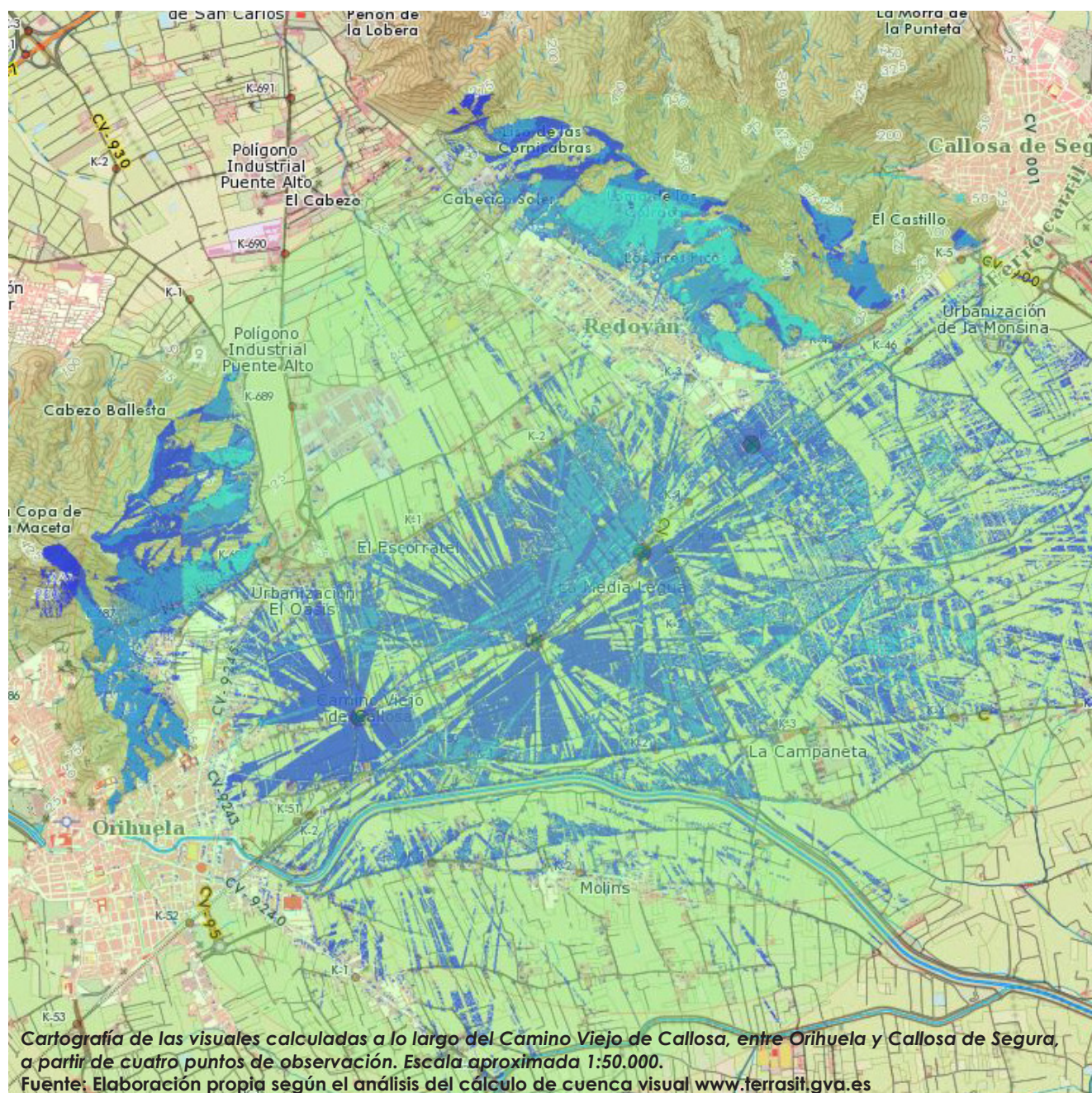
La observación de la Huerta se realiza de forma intensiva desde las vías de comunicación que cruzan el territorio, es en los desplazamientos cotidianos cuando estadísticamente más gente tiene la posibilidad de percibirla y por tanto construye la imagen más conocida. La panorámica menos frecuente y más auténtica es la que se aprecia desde los caminos, carriles y sendas de acceso a los predios. No hay que olvidar que la experiencia del lugar es diferente y determina la construcción mental que hacemos del mismo según "la posición del observador, las condiciones atmosféricas e iluminación, además de factores como el movimiento" (medio de desplazamiento, velocidad y objetivo de dicho trayecto) y "el tiempo que dure la observación", (Moreno y García-Abad, 1996). Dicha captación de la realidad se desarrolla a diferentes estratos cognitivos: por un lado, disponemos de la apreciación objetiva de los componentes físicos directamente aprehensibles del medio; por otro lado, la interpretación y la respuesta sensitiva al entorno, lo que implica un plano más subjetivo, también menos consciente, dado que conecta vivencias y sensaciones pasadas con el presente y produce un filtro a través del que cada persona descifra la realidad.

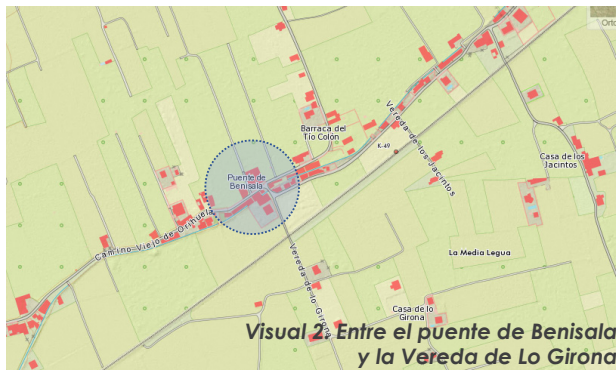
La percepción de un lugar en su conjunto está directamente relacionada con el alcance y la amplitud que el ojo humano puede abarcar. A partir de la definición de cuenca visual como "el conjunto de superficies





Sierra de Callosa, flanco sur. Afloramiento rocoso inserto en el llano aluvial del Segura, hito paisajístico y visual en el territorio





o zonas vistas desde un punto de observación" (Tévar, 1996), debemos tener en cuenta que el proceso de captación del paisaje depende de una concatenación de planos visuales conjuntos. Para poder fijar cuál es la imagen de la Huerta que prevalece en la actualidad seguimos diversos parámetros de análisis ensayados en la Huerta de Valencia, con los que se crean correlaciones entre distancias y ángulos que constituyen un instrumento válido para evaluar la escena percibida. En este sentido se utilizaron: el Principio de Higuchi, que determina que si un elemento está dentro de un ángulo de 5° con el horizonte pertenece al fondo de la imagen y no interviene, por su lejanía, en la definición del entorno cercano captado; y la Ley de Merten señala que todo aquel elemento que en el campo visual de un espectador se extienda entre 30° y 35° de su visión determina la sensación de estar inmerso en ese paraje (Generalitat Valenciana, 2010). Estos indicadores marcan un criterio para determinar qué es lo que percibimos como paisaje propio perteneciente al enclave en que nos situamos o bien si es un telón de fondo que está pero del que podemos no ser conscientes y, todo ello, entraría en la categoría de lo que vemos. El siguiente punto de análisis sería establecer cuánto se ve, es decir, los hitos de mayor incidencia visual del territorio. Este dato se puede determinar con los valores de Intensidad Media Diaria de tráfico (IMD), facilitada por el Ministerio de Fomento y la Generalitat Valenciana, de la red de carreteras del



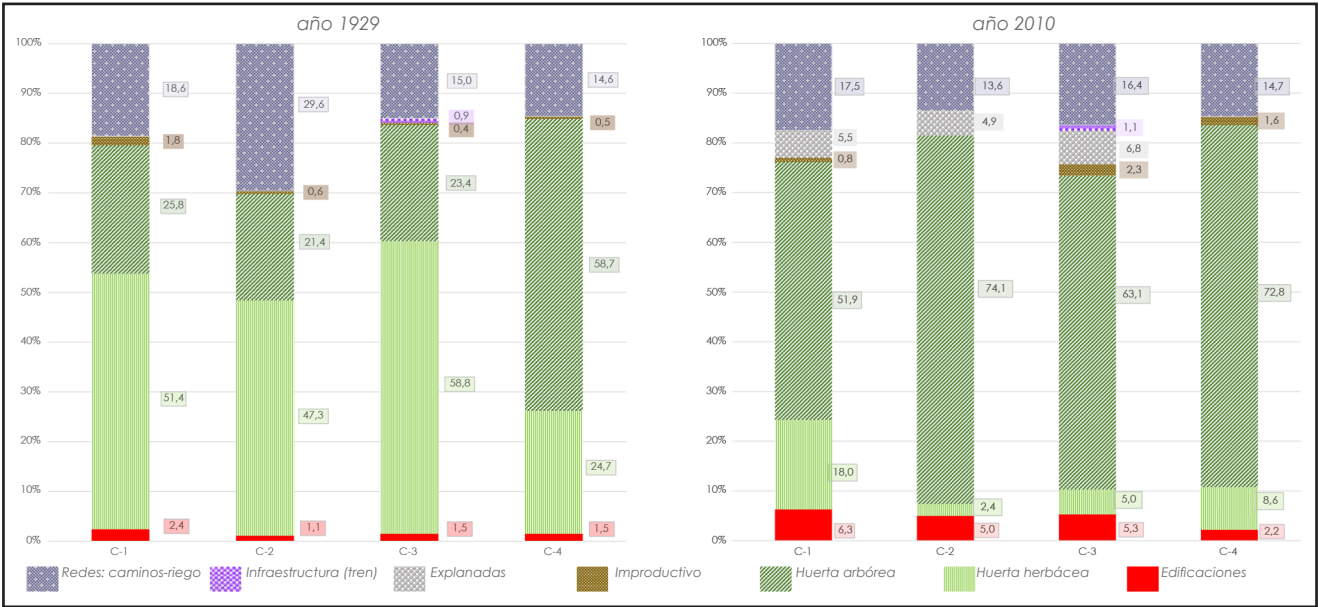
Huerta abandonada en el paraje de Agua Dulce (Dolores)

área de estudio. En tercer lugar se debe reflexionar sobre la calidad de lo que se ve; es decir, legibilidad del territorio y las construcciones, integridad de las estructuras componentes, distorsiones o elementos intrusivos con respecto al entorno. En cuarto y último lugar, las posibilidades de interpretación de lo que se está viendo, por tanto, la cantidad de información que somos capaces de procesar, como son el conocimiento del medio y la vinculación del observador con el área visual.

La mayor diferencia entre el paisaje de Huerta tradicional y el que podríamos denominar paisaje contemporáneo de Huerta del Bajo Segura radica en la dinámica de los procesos, tanto la velocidad de las modificaciones como la escala de los elementos que se introducen o transforman con respecto a los históricos; y

todo ello implica, directamente, un cambio perceptivo, así como de valores y comportamientos de la población residente en la zona. El crecimiento de las ciudades, las nuevas áreas residenciales, la introducción de actividades industriales, la nueva orientación de modelo de explotación agrícola, la ampliación de las redes de comunicaciones, tanto carreteras como ferrocarril, son algunas de las causas principales de la mutación del paisaje huertano en las últimas décadas. Todas ellas se pueden sintetizar en tres epígrafes (Antrop, 2005): urbanización (respecto a la ampliación de las áreas construidas), accesibilidad (referido al aumento de la red de transporte) y globalización (acerca de la neutralización de especificidades locales en favor de pautas generales similares a otras áreas territoriales). Estos procesos conducen a una fragmentación del territorio, no solo por la desconexión funcional entre áreas o elementos, sino que también generan una ruptura en el funciona-

Cuadro III. Estudio comparativo de los componentes del paisaje de Huerta entre 1929 y 2010. Cada barra representa los datos del mismo cuadrante del territorio y recoge gráficamente la proporción relativa de los cuatro elementos que componen el tejido huertano: Edificaciones, Huertas (herbáceas y arbóreas), Redes (caminos y riego) y otros usos (improductivo, explanadas, infraestructuras)



Fuente: García Mayor, 2015, pp.125-126.



Acequia de Alquibla y camino rural (denominado en la actualidad calle de Togores) entre Bigastro y Jacarilla

miento conjunto de los elementos que han sido constitutivos del carácter singular de este espacio de vega.

Tal y como se refleja en la cartografía de las páginas 54 y 55, el cálculo de la cuenca visual que hemos elaborado en el Camino Viejo de Callosa, en dirección a Media Legua, ambas pedanías de Orihuela con origen en un asentamiento lineal histórico, pone de manifiesto una profundidad de campo reducida, a pesar de la planitud del valle y la organización rectilínea de los frentes construidos. El límite perceptivo al norte queda marcado por la carretera CV-90 de Orihuela a Callosa, que sigue la Arroba de Ronda, con el asentamiento caminero existente; mientras que al sur lo delimita la carretera CV-91 de Orihuela a Almoradí, paralela a la Acequia Vieja de Almoradí, con su hábitat rural de pueblo-calle asociado. Destacan como fondo de escena las elevaciones montañosas que ciñen el llano aluvial. Este ejemplo corresponde a un camino de tránsito local en el interior de la Huerta con una afluencia de tráfico baja al ser de acceso a viviendas; por el contrario, si seleccionamos una carretera principal con una intensidad de tráfico más elevada, las franjas estadísticamente más expuestas a la contemplación del observador y por tanto identificadas como Huerta, no reflejan fielmente la realidad de ésta, por cuanto el panorama visible queda constreñido por las construcciones de diverso tipo y escala que ocupan, de manera intermitente, las alineaciones a ambos lados de estas vías, fragmentando el paisaje. Estudios específicos desarrollados por Carl Steinitz en un entorno parecido como es el de la Huerta de Valencia, estableció que la distancia en que un enclave deja de verse como estrictamente urbano para pasar a ser un paisaje propiamente de Huerta está entre los 200 y 400 metros de distancia; dependiendo de las características del borde edificado: altura, permeabilidad, consolidación, tipología de las construcciones, entre otros. Extrapolando los datos para el caso de la Huerta del Bajo Segura, se comprueba que esta distancia varía entre 50 y 100 metros, dado que el perímetro ocupado tiene una escala más reducida y permeable, ante el nuevo tipo de inmuebles de carácter residencial unifamiliar levantados en los últimos años.

El contexto social de la Huerta ha cambiado profundamente en las últimas décadas, ante el giro

económico experimentado por la comarca. Esto ha supuesto una desvinculación del hombre con el medio, que si bien en el caso que nos ocupa sigue viviendo en los ejes lineales ya analizados, no basa su economía en la explotación agrícola. La Huerta se ha convertido en un telón de fondo por el que transita y que no responde a sus necesidades actuales; antes bien sufre los inconvenientes propios de un viario estrecho, unas viviendas constreñidas pese a su ampliación, en muchos casos, sobre la red de riego-drenaje, con infraestructuras precarias y la aparición de cierres de parcelas opacos que fragmentan más el territorio. Sin olvidar otra serie de factores ya descritos como: la invisibilidad de las canalizaciones del regadío, la homogeneización de los cultivos, el abandono agrícola de predios, la desaparición del arbolado histórico, la construcción de naves industriales, la sustitución de parcelas productivas por explanaciones sin más uso que el acopio de materiales, las nuevas tipologías de casas con ajardinamientos-piscinas y, quizás lo más importante, la falta de conocimiento sobre el valor cultural de este espacio agrícola. Todo ello conduce a una ruptura de la sociedad con el entorno que habita y las características que históricamente han dado sentido a la vida en este valle. Teniendo en cuenta que el patrimonio agrario ha sido hasta ahora el menos valorado en la consideración social e institucional, es necesario reivindicar la salvaguarda de los bienes que lo conforman en su conjunto; principio este que "exige el mantenimiento en su condición de actividad productiva, como garantía para un adecuado entendimiento de esos bienes y de su continuidad futura" (Castillo, 2013).

Todos estos cambios que hemos referenciado anteriormente se constatan de manera gráfica en el Cuadro III, fruto del trabajo de campo desarrollado en la Vereda de la Buena Vida, del municipio de Orihuela. Mediante la comparativa de los fotogramas aéreos de los vuelos de Ruiz de Alda en 1929 y del Instituto Geográfico Valenciano en 2010, se ha podido medir las variaciones experimentadas en el territorio y concretadas a modo de ejemplo en una tesela de 400 x 400 m. Las figuras representan los elementos principales que determinan el carácter de la Huerta en cada etapa, de las que se ha confeccionado una tabla resumen que muestra en metros cuadrados las superficies según usos del suelo y el porcentaje que cada una de ellas tiene



Ringleras de palmeras en el borde de parcela, junto a la red hídrica en Daya Vieja.

en la cuadrícula. Conviene precisar que entre los cambios operados la red de caminos y el sistema de riego-drenaje ha permanecido inalterado, dado que son los elementos estructurantes de ese paisaje. Mientras que se observa la desaparición de la superficie cultivada dedicada a herbáceos, a favor de los aprovechamientos arbóreos, además de la pérdida de suelo fértil transformado en explanadas de almacenamiento; así como una ampliación del hábitat construido, en el que ahora cobran protagonismo las naves industriales y nuevas tipologías de viviendas unifamiliares, ambas aisladas. Por último, debemos señalar la disminución sensible de los arbolados que históricamente han acompañado los ejes camineros y del agua.

Conclusiones

Cuatro son los elementos organizadores de la Huerta en el Bajo Segura desarrollados y consolidados en un largo proceso secular caracterizado siempre por el mantenimiento de las mismas pautas de comportamiento, sobre la base de un profundo conocimiento del espacio natural y la transmisión oral de un saber acumulado durante más de un milenio. Este hecho confiere una extraordinaria singularidad al territorio, por cuanto hizo progresar a una sociedad que obtuvo el mayor rendimiento posible al transformar las adversas condiciones de partida -zona de almarjales y saladares- en un fructífero suelo agrícola. Estas circunstancias de enraizamiento profundo, entre la población y el medio, se mantuvieron de manera constante hasta la década de los años ochenta del siglo XX, momento que supone el punto de inflexión en el cambio de patrón de las relaciones entre ambos. Esa profunda crisis ha originado la modificación de los cuatro invariantes que fundamentalmente han conformado este paisaje.

Tradicionalmente la historia de las poblaciones de la Huerta está unida a los sistemas hidráulicos, estas redes han sido básicas a la hora de construir el paisaje de la vega en virtud de la complejidad que éste conlleva. El desarrollo de los planes de mejora y posterior modernización de regadíos, emprendidos desde los años 70, que consistió en el revestimiento de las principales infraestructuras del regadío (acequías y azarbes), a partir

de ellas, el entubado de los ramales de distribución y evacuación dependientes de las mismas. Con posterioridad, muchos de los cauces rectores han sufrido una profunda transformación, al quedar embovedados, borrados de la lectura funcional del territorio, convertidos en ejes de paso para las nuevas poblaciones que se han asentado en el llano aluvial por su ventaja de proximidad a la costa. Los únicos elementos que visibilizan el uso que estas canalizaciones siguen cumpliendo, son las compuertas metálicas confinadas en obra de fábrica que, con profusión, se repiten a lo largo de la traza con escalas diferentes en virtud del tamaño de embocadura para las derivaciones de riego. Esta circunstancia, unida al efecto producido por la ampliación de las edificaciones emplazadas en sus brazos, desdibuja todavía más la comprensión de la importancia que alcanza esta arquitectura del agua.

La red caminera gana protagonismo al apropiarse de los ensanchamientos surgidos por la ocultación de los canales que discurren paralelos a ellos. La antigua jerarquía viaria existente en la Huerta unifica así los anchos de calzada, con lo que se desvanece la lectura de tipología de vías en función de su uso al dar prioridad a los vehículos frente a los anteriores modos de circulación. Se suma a esta impronta la aparición de nuevas carreteras de conexión que sustituyen funcionalmente a los ejes tradicionales, que permiten acortar los tiempos de desplazamiento entre las poblaciones ubicadas en el valle, circunvalando las mismas y favoreciendo en muchos casos el acceso directo a nuevas áreas residenciales, polígonos industriales y comerciales y el espacio turístico del frente marítimo.

Todas estas modificaciones alteran la manera en que se percibe el entorno rural, tanto por los recorridos, diferentes de los históricos, como por el medio de locomoción empleado y la velocidad a la que se viaja. Otra consideración en el cambio de escenario que contribuye a camuflar el carácter de la vega, está directamente relacionada con el tipo de cultivos. El espacio agrícola ancestral estaba dedicado a la siembra anual que, por la fertilidad de la tierra, daban hasta cuatro cosechas al año dependiendo de las semillas o plantas seleccionadas. La Huerta era un espacio dinámico, con rotación y movimiento de plantaciones en



*Obras de encauzamiento del Azarbe de Enmedio,
uno de los canales principales para el drenaje de la Huerta ampliada en el siglo XVIII*

las parcelas, además de ser un lugar muy concurrido ante las necesidades de mano de obra que requería tal diversidad de aprovechamientos. A mediados de la década de los años 60, coincidiendo con el ocaso del cultivo industrial del cáñamo, se promueve la introducción de los rendimientos arbóreos, fundamentalmente cítricos, que fueron copando espacios hasta el punto de constituir un monocultivo predominante en la zona. La consecuencia directa es la monotonía en el paisaje, la pérdida de visibilidad del conjunto huertano y la reducción paulatina de las faenas en la agricultura, al quedar concentradas ahora en unos cuantos días al año, coincidiendo con los periodos de riego, abonado, poda y recolección; hecho que contribuye a modificar la percepción reciente, frente a la abundante actividad de la etapa anterior, nos encontramos actualmente en una situación estática y de sosiego que vacía de vida la contemplación de la superficie agrícola.

La evolución que está experimentando el territorio afecta directamente a la manera en que las poblaciones del área se relacionan con el medio circundante. Se ha pasado así de un respeto absoluto por preservar el espacio productivo y medio de vida por excelencia, a la ocupación sin contemplaciones del suelo fértil, al modificar el patrón de actividad económica de la tierra, al cambiar de un uso eminentemente agrícola a otro de consumo para la construcción. El crecimiento de las ciudades, así como el mercado inmobiliario, cambia de un proceso de edificación y ampliación según la demanda, donde las etapas se dilatan en el tiempo, a un modelo de crecimiento expansivo rápido que incrementa notablemente la oferta de superficies para desarrollo de conjuntos residenciales. Hoy conviven dos pautas en la ocupación de la Huerta: a) la tradicional, formada por la tipología de hábitat aislado que se encuentra en declive, o bien, las agrupaciones de carácter lineal, que pese a que mantienen una mejor situación con respecto a las construcciones relictas, presentan una fachada al camino cuidada frente a unas traseras absolutamente destartadas, que dan una impronta negativa de este paisaje; b) la contemporánea, fruto no sólo de una actualización de las formas y materiales constructivos, sino fundamentalmente debido a un cambio de mentalidad de las personas que la habitan. Por un lado están los descendientes de antiguos propietarios, desvinculados totalmente de la

Huerta y desconocedores de sus valores, que prefieren una vivienda amplia rodeada de jardín y piscina. Por otro lado, la presencia de población extranjera procedente de Europa, que encuentra en ella una recreación onírica de sus paisajes nativos, donde la compra de una vivienda rodeada huertos, les supone un atractivo para asentarse en la zona. En este segundo caso, la escasez de suelo en la costa, junto con la baja calidad del espacio urbanizado y la masificación en periodos estivales, convierten el área de regadío histórico en un ámbito de oportunidad, próximo al mar y, más ahora, que se haya bien comunicado, lo que le dota de un status privilegiado y atractivo.

De esta manera se configura un nuevo territorio, que representa la última etapa en la ocupación de la Huerta, caracterizado por ofrecer contrastes muy marcados: durante milenios predominaron las teselas de infinitas tonalidades verdosas, acordes con el predominio de los rendimientos herbáceos de rotación; que en un corto periodo de tiempo se han trocado, con la incorporación de los cultivos arbóreos, a un verde monocromático salpicado por las vivas coloraciones de sus frutos; para terminar en la actualidad ocupando el parcelario con construcciones variopintas, que alteran el patrón de uso, transfiguran la escala del lugar y fragmentan, con sus cercas, la continuidad del tapiz vegetal. Esta dispersión se ve favorecida por la densidad de la red viaria que vuelve a ser la clave para transitar y percibir el entorno circundante. La comprensión de la Huerta para la salvaguarda de sus valores patrimoniales pasa necesariamente por transmitir a las generaciones venideras la singularidad de su idiosincrasia, así como educar en los valores y el respecto a aquello que lo convierte en un espacio extraordinario. A sabiendas de que el paisaje es un ente activo, en permanente estado de mutabilidad, su conservación conlleva la búsqueda de un equilibrio que no transgreda la esencia de los elementos que lo han mantenido vivo hasta nuestros días.

Bibliografía

ANTROP, M. (2005): "Why landscapes of the past are important for the future", *Landscape and Urban Planning*, 70, Belgium, pp. 21-34.

BUENO ESQUER, A. (2005): *Breve reseña histórica sobre la normativa reguladora del Juzgado de Aguas de Orihuela desde la Edad Media*. Orihuela, Juzgado Privativo de Aguas de Orihuela, s. p.

CANALES MARTÍNEZ, G. (1981): "Los saladares de Albaterra: un intento de colonización actual", *Estudios Geográficos*, n.º 125, Madrid, pp. 453-481.

CANALES MARTÍNEZ, G. (1993): "Modificaciones en las estructuras agrarias del Bajo Segura (1940-1990)", *Medio siglo de cambios agrarios en España*. Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, pp. 485-517.

CANALES MARTÍNEZ, G. (2012): "La Huerta del Bajo Segura, paradigma de la Cultura del Agua", en GÓMEZ ESPÍN, J.M.º *et al.*, *Patrimonio Hidráulico y Cultura del Agua en el Mediterráneo*. Murcia, Fundación Séneca, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, pp. 265-287.

CANALES MARTÍNEZ, G. (dir.) (1995): *El Bajo Segura. Estructura espacial, demográfica y económica*. Alicante, CAM Fundación Cultural, Universidad de Alicante, pp. 183-187.

CANALES MARTINEZ, G. y DE JUANES RODRIGUEZ, F. (2014): "La construcción social de un paisaje en los Saladares de Albaterra, siglos XVII-XX (Alicante)", en RUBIO MEDINA, L. y PONCE HERRERO, G. (coord.): *Imaginario, escenarios y gestión del patrimonio*. Méjico D.F., Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma Metropolitana de Méjico, pp. 170-184.

CANALES MARTÍNEZ, G. y LÓPEZ POMARES, A. (2012): "El desarrollo turístico de Orihuela y su incidencia en el poblamiento (1910-2010)", *Cuadernos de Turismo*, n.º 29, Murcia, Universidad de Murcia, pp. 109-139.

CANALES MARTÍNEZ, G. y LÓPEZ POMARES, A. (2014): "La palmera, elemento identitario en el paisaje de Huerta

del Bajo Segura, España", *Revista Entorno Geográfico*, n.º 10, pp. 90-109 (Universidad del Valle, Cali-Colombia).

CANALES MARTÍNEZ, G. y LÓPEZ POMARES, A. (2015): "Riesgos naturales en la Huerta de Orihuela", en FERRÁNDEZ VERDÚ, T. y DIZ ARDID, E. (coord.): *Historia natural de la Huerta de Orihuela*. Orihuela, Ayuntamiento de Orihuela, Imprenta Oriolana Minerva, S.L., pp. 251-282.

CANALES MARTÍNEZ, G. y MUÑOZ HERNÁNDEZ, R. (2005): "El Azud de Alfeitamí (siglo XVI) y la reducción del almarjal en el tramo sur del río Segura (Almoradí)", *Actas Congreso Nacional Gestión del Agua en Cuencas Deficitarias*. Murcia, Centro de Investigación del Bajo Segura "Alquibla", pp. 77-96.

CANALES MARTÍNEZ, G. y MUÑOZ HERNÁNDEZ, R. (2014): *Herencias en beneficio del alma. El poder del clero y la ordenación del territorio en el secano meridional del Bajo Segura*. Alicante, Cátedra Arzobispo Loazes, pp. 245-251.

CANALES MARTÍNEZ, G. y PERTUSA MARTÍNEZ, A. (2014): "La gestión del agua en la Huerta del Bajo Segura: ordenanzas de riego y derecho consuetudinario", *Libro jubilar en homenaje al profesor Antonio Gil Olcina*. Alicante, Instituto Interuniversitario de Geografía, Universidad de Alicante, pp. 907-939.

CANALES MARTÍNEZ, G. y SEGRELLES SERRANO, J.A. (2010): "Situación actual y perspectivas de futuro de un paisaje cultural: la huerta del Bajo Segura (Alicante)", *XV Coloquio de Geografía Rural, Territorio, paisaje y patrimonio rural*. Cáceres, Universidad de Extremadura, Asociación de Geógrafos Españoles, Cd.

CASTILLO RUIZ, J. (2013): *Carta de Baeza sobre patrimonio agrario*. Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 66 pp.

CAVANILLES A.J. (1795-1797): *Observaciones Sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*. Madrid, Imprenta Real, (Reed. Facsímil, Gráficas Soler, Valencia, 1972), T. II, p. 283.

CISCAR PEIRÓ, A. (1974): "La barraca del Bajo Segura",

Saitabi, n.º 24, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valencia, pp. 228-240.

COSTA MÁS, J. y CANALES MARTÍNEZ, G. (1980): "El cultivo en invernadero y la comercialización agraria en Orihuela y Campo de Cartagena", *Cuadernos de Geografía*, n.º 27, Universidad de Valencia, pp. 173-201.

DE MIÑANO, S. (1827): "Orihuela (Orcelis)", *Diccionario Geográfico-Estadístico de España y Portugal*. Madrid, Imprenta de Pierart-Peralta, T. VI, p. 345.

FIGUERAS PACHECO, F. (1913-1925): "Orihuela ú Oriola", *Provincia de Alicante*, pp. 1.032-1.054, *apud* CARRERAS CANDI, F., *Geografía del Reino de Valencia*, Barcelona, A. Martín.

GARCÍA MAYOR, C. *et al.* (2013): "Los valores territoriales y paisajísticos de la Huerta de Murcia y la Vega Baja del Segura", en *Patrimonio hidráulico, industrial, arquitectónico y urbano en el ámbito hispano-cubano*. CRACE de Gianni Bovini, pp. 295-320.

GARCÍA MAYOR, C. *et al.* (2013): "Rehabilitación de la Red de riego tradicional en el Palmeral de San Antón. Orihuela", en *XXI Congreso Nacional de Riegos*. AERYD y CERYD.

GARCÍA MAYOR, C., PÉREZ PAYÁ, L. (2014): *La Huerta de la Vega Baja del río Segura: paisaje e identidad territorial*. Alicante, Área de Urbanística y Ordenación del Territorio, Departamento de Edificación y Urbanismo, Universidad de Alicante, 93 pp.

GARCÍA MAYOR, C. (2014): "El paisaje de la Huerta de la Vega Baja del río Segura: metodologías de caracterización", en RUBIO MEDINA, L. y PONCE HERRERO, G. (coord.): *Imaginario, escenarios y gestión del patrimonio*. Méjico D.F., Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma Metropolitana de Méjico, vol. II, 5, pp. 567-577.

GARCIA MAYOR, C. (2015): *Territorio, Paisaje e Identidad. La Huerta de Orihuela en la Vega Baja del río Segura*. Universidad de Alicante, 310 pp. Tesis doctoral no publicada.

GENERALITAT VALENCIANA (2010): "Análisis visual del

paisaje. Cambios en el paisaje de la Huerta", *Documentos del Plan de Acción Territorial de la Huerta de Valencia. Estudio de Paisaje*. Consellería de Infraestructuras, Territorio y Medioambiente, p. 15.

GIL OLCINA, A. y CANALES MARTÍNEZ, G. (2007): *Residuos de propiedad señorial en España. Perduración y ocaso en el Bajo Segura*. Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 504 pp.

GIL POLO, F. (1991): *Proyecto de clasificación de vías pecuarias. Orihuela*. Expediente de los Servicios Territoriales de Alicante, Unidad Forestal. Consellería de Agricultura y Pesca, Generalitat Valenciana.

GIMÉNEZ FONT, P., CANALES MARTÍNEZ, G. *et al.* (2014): "Cartografía histórica y cambio paisajístico en el entorno de los Cabezos de Albatera (siglos XVII-XXI)", *Cabezo Pardo (San Isidro-Granja de Rocamora, Alicante). Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce*. Alicante, Museo Arqueológico de Alicante, Diputación de Alicante, pp. 42-52.

MADOZ, P. (1849): "Orihuela, Huerta de", *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, Establecimiento tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti, T. VII, p. 394.

MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (2010): "Valores e identidades", en MARTÍNEZ DE PISÓN, E. y ORTEGA CANTERO, N. (edit.): *El paisaje: valores e identidades*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Fundación Duques de Soria, pp. 11-45.

MORENO SANZ, M. y GARCÍA-ABAD ALONSO, J. (1996): "Cartografía de la calidad visual del paisaje: reflexiones teóricas y ejemplo de aplicación", *Serie Geográfica*, vol. 6, Madrid, pp. 115-129.

MUÑOZ HERNÁNDEZ R. y CANALES MARTÍNEZ G. (2011): "Los Montesinos: de caserío de secano a aldea entre jardines gracias al canal de Riegos de Levante Margen Derecha", *1961-2001: 50 años de la Comunidad de Regantes Riegos de Levante Margen Derecha del río Segura*. Salamanca, Edita Comunidad de Regantes Margen Derecha, pp. 181-237.

NIETO FERNÁNDEZ, A. (1980): "Introducción y transcrip-

ción de los Estatutos del Dr. Jerónimo Mingot", *Estatutos de Riegos del Juzgado Privativo de Aguas de Rojas*. Almoradí, Edíjar S.A., 54 pp.

ROCA DE TOGORES Y ALBURQUERQUE, J. (1832): *Memo-
ria sobre los riegos de la Huerta de Orihuela*. Valencia,
Oficina de D. Benito Monfort, 115 pp.

RODRIGUEZ LÁZARO, F.J. (2004): *Las primeras autopistas
españolas (1925-1936)*. Madrid. Colegio de Ingenieros
de Caminos, Canales y Puertos, pp. 23-31.

ROSELLÓ VERGER, V.M. (1964): "Ensayo de una división
comarcal de Alicante", *Cuadernos de Geografía*, n.º 1,
Universidad de Valencia, pp. 157-177.

RÖSSLER, M. (2002): "Los paisajes culturales y la Conven-
ción del Patrimonio Mundial Cultural y Natural: resulta-
dos de reuniones temáticas previas", en MÚJICA BARRE-
DA, E. (edit.): *Paisajes culturales en los Andes: memoria
narrativa, casos de estudio, conclusiones y recomenda-
ciones de la Reunión de expertos, Arequipa y Chivay*,
Perú, mayo de 1998. Lima, UNESCO, p. 51.

SERMET, J. (1956): *La España del sur*. Barcelona, editorial
Juventud, pp. 78-80.

SOCIEDAD DE LITERATOS, (1832): "Orihuela (Huerta de)",
Diccionario Geográfico Universal. Barcelona, Imprenta
de José Torner, T. VI, p. 904.

TEVAR SANZ, G. (1996): "La cuenca visual en el análisis
del paisaje", *Serie Geográfica*, vol. 6, Madrid, pp. 99-113.

UNESCO (1992): *Operational Guideline for the Imple-
mentation of the World Heritage Convention*.

Ordenanzas de riego

*Estatutos de Riegos del Juzgado Privativo de Aguas de
Rojas dispuesto por el Dr. Jerónimo Mingot y aproba-
dos por Felipe IV en 1625. Usos y costumbres, (transcrip-
ción de A. NIETO FERNÁNDEZ)*. Almoradí, Edíjar S.A., 54
pp.

*Real Provision de su Magestad y Señores del Concejo,
por la qual se aprueban y mandan guardar las Orde-
nanzas formadas para el gobierno de las Aguas del
Azud de Alfeitamí, término de la Villa de Almoradí, Rey-
no de Valencia, año 1793*. Almoradí, Imprenta Alonso,
1955, 59 pp.

*Ordenanzas para el gobierno y distribución de las aguas
que riegan la Huerta de la Ciudad de Orihuela y otros
pueblos sujetos al Juzgado Privativo de la misma, año
1836*. Orihuela, Imprenta Zerón, 1946, 71 pp.

*Ordenanzas para la Comunidad de Regantes de Catral
y Reglamentos para el Sindicato y Jurado de Riego de
la misma, aprobados por R. O. de 27 de mayo de 1899*.
Carral, sin editorial ni año de impresión, 65 pp.

Recursos electrónicos

TERRASIT. *Geoportal de información gráfica de la
Generalitat Valenciana*. Consultado en octubre 2014.
<http://terrasit.gva.es>

CARTOWEB. *Visor Web de Cartografía de la CITMA
(Consellería de Infraestructuras, Transporte y Medio Am-
biente) de la Generalitat Valenciana*. Consultado en
octubre de 2014. <http://cartoweb.cma.gva.es/visor/>



Clara García Mayor y Gregorio Canales Martínez nos presentan un trabajo muy original en el que plasman, en perfecta armonía y equilibrio, la interpretación de un paisaje cultural singular desde los postulados de la arquitectura, la primera, y de la geografía humana, el segundo. Esta colaboración resulta sumamente idónea para aprehender los elementos y mecanismos que crean, configuran y estructuran el espacio huertano tradicional que existe en la actualidad en la comarca más meridional de la provincia de Alicante... En definitiva, este libro constituye una valiosa aportación científica para comprender nuevos aspectos relacionados con este paisaje secular y también un alegato en defensa del mismo, pues los autores tienen bien asumido que el rigor y la objetividad no excluyen ni están reñidos con el compromiso crítico con la sociedad en la que viven y la realidad de su entorno.

José Antonio Segrelles Serrano, «Prólogo»

ISBN 978-8497173735



9 788497 173735